

El Enamorada del playboy



CARA COLT Lectulandia

Ella era dulce y tímida y él, sexy y confiado.

¡Los opuestos se atraen! La maestra de primaria Beth Maple era cauta y convencional& hasta que por la puerta de su colegio apareció el tío de uno de sus alumnos y se quedó completamente fascinada. Ben Anderson era un hombre seguro de sí mismo y con un gran atractivo, y nada más verlo Beth supo que estaba fuera de su alcance. Sin embargo, nunca se había sentido tan viva como cuando estaba a su lado.

Lectulandia

Cara Colter

Enamorada del playboy

*

ePub r1.0

Piolin 19.05.17

Título original: *Miss Maple and the playboy*
Cara Colter, 2010

Editor digital: Piolin
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Capítulo 1

—Ser tú da pena.

Ben Anderson abrió la boca para protestar y luego la volvió a cerrar.

Pensó que aquellas palabras resumían su vida y no eran del todo inexactas. Por supuesto que la verdad de aquellas palabras estaba unida al hecho de que se hubiera convertido en el tutor del niño que las había pronunciado, su sobrino de once años, Kyle.

Era un papel que llevaba ocupando exactamente diez días, los peores de su vida, lo que era decir mucho, puesto que había pasado varios años en el cuerpo de los marines, incluido un servicio de ocho meses en una tierra de arena, sangre y dolor.

Al menos allí, pensó Ben, había reglas y líneas de actuación, un conjunto rígido de normas de actuación. En cambio, transformarse en el tutor de Kyle era como ser arrojado a un país extranjero sin mapa, sin nada que lo respaldara, y sólo un rudimentario dominio del idioma.

Por ejemplo, ¿le decía a Kyle que estaba harto de la expresión «Ser tú da pena» o lo dejaba pasar?

Mientras contemplaba sus opciones, Ben estudió el sobre que tenía frente a él. Estaba dirigido al *Señor Ben Anderson*, y entre paréntesis ponía *Tutor de Kyle*, como para que no quedase escapatoria alguna. La letra manuscrita era cuidada y le daba cierta información sobre la persona que la había escrito, aunque Kyle lo había puesto más que al corriente sobre ella en los últimos días.

La señorita Maple, la nueva maestra de Kyle en su nuevo colegio, era vieja. Y mezquina. Ni qué decir de lo fea que era.

También era injusta, tenía una voz chillona y era la mismísima reencarnación femenina de Genghis Khan.

Su sobrino era un experto en Genghis Khan, le había dicho a Ben en un raro momento de charla, y juraba que la cuarta parte de la población del mundo tenía sangre de Khan. El niño lo había dicho con la esperanza de sentirse incluido entre los descendientes de aquel personaje, pero Ben, viendo a su sobrino Kyle, con su pelo pelirrojo y sus pecas, lo dudaba.

Ben miró el sobre buscando claves.

—¿Qué quiere la señorita Maple? —le preguntó a Kyle, sin abrir la carta.

—Quiere verte —dijo Kyle, y repitió—: Da pena ser tú.

Y luego se marchó de la cocina como si el hecho de que su profesora quisiera ver a su tío no tuviera nada que ver con él.

Ben pensó que el comportamiento responsable sería llamar a su sobrino y discutir el tema de «Da pena...», pero ser responsable de alguien que no fuera su propia persona era un hecho totalmente nuevo para él. Ben no estaba seguro de qué era lo correcto con Kyle. Su sobrino lo miraba con ojos despiadados, pero debajo de esa fachada se adivinaba una fragilidad que no sabía cómo tratar. No le quedaba claro si

su acercamiento en plan cuerpo de los marines lo ayudaría o lo dañaría.

Y bien sabía Dios que no quería hacer más daño.

Porque la dura realidad era que si daba pena ser alguien en aquel mundo, ese alguien era Kyle O. Anderson.

Los padres de Ben habían resultado muertos en un accidente de tráfico cuando él tenía diecisiete años. Él había sido demasiado mayor como para que lo mandasen a alguna institución, y demasiado pequeño para ocuparse de su hermana, quien tenía catorce años en aquel tiempo. Ben se había ido con los marines, Carly, su hermana, a un hogar de acogida. Ben sabía que a él le había tocado lo mejor en el reparto.

A los quince años, Carly ya había pasado por numerosas experiencias dolorosas, a los dieciséis estaba desatada, a los diecisiete se había quedado embarazada... Pero eso no había eliminado las experiencias dolorosas ni el descontrol de antes.

Había arrastrado a Kyle por innumerables relaciones rotas y por distintos vecindarios. Mientras Ben había estado en la otra punta del planeta, incapaz de poder hacer nada acerca de ello, su hermana y Kyle habían pasado por una fase en la que se habían quedado sin techo.

Luego, cuando él había vuelto y había querido ayudar a Carly y a su hijo, ella había rechazado su ayuda. Carly se había sentido abandonada por su hermano cuando él se había alistado en los marines, y nunca se lo había perdonado.

Pero ahora, con sólo veintiocho años, Carly se estaba muriendo debido a demasiadas decepciones amorosas y a una vida vivida muy al límite.

Y Ben se encontraba frente a una situación muy dura.

Salvo Carly, su vida era perfecta. Tenía su propio negocio, el Garden of Weedin. Había encontrado un mercado construyendo estructuras al aire libre en los terrenos de las comunidades que rodeaban la ciudad más vieja y más enérgica de Morehaven, estado de Nueva York.

Hacía un año había invertido en su propia casa, que había comprado nueva, en Cranberry Corners, una comunidad que mantenía su negocio y estaba a media hora en coche, y a un mundo de distancia de las calles de la ciudad interior a la que Kyle y Carly habían llamado «hogar».

Ben estaba especializado en planear y poner estructuras permanentes, como cubiertas, patios, chimeneas, y cocinas en el exterior, lo que hacía que los jardines traseros de las casas de Cranberry Corners fueran muy elegantes y modernos. Era un trabajo tremendo, ideal para él, que era pura energía y a quien le gustaba sentirse vital. Y el negocio había ido mejor de lo que hubiera podido soñar.

A Ben también le gustaba disfrutar de una apiñada red de amigos, con algunos de los cuales había ido al instituto y quienes disfrutaban del éxito y de su estilo de vida de solteros tanto como él.

¿Derrumbaba todo aquello y tomaba la responsabilidad de Kyle sobre sus hombros o se daba por vencido y lo entregaba al mismo sistema que había arruinado a Carly?

Puesto que Ben se consideraba un típico animal macho, centrado en sí mismo, insensible, superficial, y encima orgulloso de ello, se sorprendía a sí mismo pensando que no había elección. Sentía que a veces un hombre debía hacer lo que debía hacer, y eso suponía hacerse cargo de su sobrino.

Aunque ni su hermana ni su sobrino parecían muy agradecidos.

Pero no era por eso por lo que lo había hecho.

Ben abrió el cuidado sobre de la señorita Maple. Leyó que el comportamiento de Kyle alteraba la clase, y que ella quería verlo «urgentemente».

Ben se preguntó si la señorita Maple tendría un plan para mejorar el comportamiento de Kyle. Esperaba que fuera así. Como había decidido que el método militar no estaba probado en un niño de once años que estaba afrontando tragedias personales, Ben no sabía cómo tratar a un niño malhablado, con malos modales y una beligerancia obstinada. Parecía haber siempre una corriente de hostilidad subyacente en Kyle.

Lamentablemente, la nota decía que supuestamente debía haberse encontrado con la maliciosa señorita Maple hacía quince minutos.

—¿Kyle? —gritó por el pasillo.

No hubo respuesta y Ben caminó por el pasillo hacia la habitación de Kyle.

Se quedó en la entrada un momento. La habitación había sido el gimnasio casero de Ben durante un tiempo, con todos los detalles, como una televisión en alto y un equipo de música. Ahora todo su equipo estaba en el sótano, aunque había dejado la televisión y el estéreo para Kyle.

Kyle estaba tumbado en la cama sin hacer, con las sábanas revueltas, unas sábanas de *cowboy* que Ben había comprado para él, junto con una cama grande que le había comprado cuando había confirmado que su sobrino se quedaría con él.

Kyle, naturalmente, había mirado las sábanas y las había considerado «para bebés». Ben veía que tenía un punto de razón, ya que en aquel momento el niño estaba escuchando una música siniestra en un idioma extranjero y hojeando las páginas de un libro con un título que parecía griego.

—¿Cuándo te dio tu profesora esta nota para mí?

Kyle se encogió de hombros con indiferencia.

—Hoy no, ¿verdad?

—Hoy no —respondió el niño.

Ben miró su reloj y suspiró.

—Vayamos a ver a la señorita Maple —agregó—. Llegamos tarde.

—La señorita Maple odia la impuntualidad —dijo Kyle, obviamente imitando la voz chillona de la mujer.

Parecía satisfecho de haber puesto en aprietos a Ben con su profesora antes incluso de que se conocieran.

Ben se sintió como un guerrero a punto de entrar en un territorio inesperado cuando abrió la puerta del Colegio de Primaria de Cranberry Corners. Kyle iba a su lado y Ben lo siguió por el lustroso suelo del pasillo.

¿Entraría en batalla o en negociaciones?

Se detuvo justo en la puerta de la clase que Kyle le señaló, y frunció el ceño ante lo que vio dentro.

Había una mujer sentada a un escritorio solitario en el frente de la clase. El sol de septiembre iluminaba sus hombros delgados.

—Ésa no puede ser la señorita Maple.

Kyle miró por detrás de él.

—Es ella.

El hecho de haber esperado algo completamente opuesto a lo que había visto le hizo sentir como si de repente hubiera olvidado sus armas en algún sitio. Se sentía totalmente desarmado por el hecho de que era más que evidente que nada de lo que le había dicho Kyle era verdad.

O al menos no la «feísima» y «vieja» mujer que describía. Tendría que esperar para saber si era «mezquina».

Había algo en la clase que tampoco le cuadraba.

Había un gran árbol de papel maché de vivos colores en un rincón cuyas hojas llegaban hasta el techo. De su copa caían algunas hojas con los nombres de los niños puestos en ellas.

La pared tenía fichas llenas de estrellas brillantes, trabajos artísticos, reproducciones de cuadros famosos. Aquél era el espacio de alguien que amaba lo que hacía. Por la actitud de Kyle, él se lo había imaginado mucho más sombrío y mucho más represivo para estar más acorde con una mujer como la señorita Maple.

Pero la señorita Maple no era la señorita Maple que había imaginado él, y Ben luchaba por readaptarla a la imagen que tenía frente a él.

De hecho, la profesora era joven. No debía de tener más de veinticinco años.

Estaba concentrada en algo que había en el escritorio; y sus facciones eran finas y frescas. Tenía una piel hermosa, apenas bronceada por el sol, totalmente tersa. Su pelo era del color de la miel de flores silvestres que guardaba en un frasco de vidrio sobre su encimera, y lo llevaba recogido en una coleta.

Por supuesto, seguía siendo posible que fuera mezquina. Ben había conocido montones de mujeres atractivas que habían resultado mezquinas. Se les notaba en los ojos, fríos y calculadores.

Pero en aquel momento ella alzó los ojos, y él se sintió momentáneamente perdido en su suavidad y en su color, una increíble mezcla de jade, turquesa y cobre.

No tenían nada mezquino aquellos ojos, pensó, e intentó poner su mejor sonrisa de relajado chico bueno.

Pero ocurrió algo inesperado: La señorita Maple frunció el ceño. No fue una mirada de mezquindad, pero él comprendía que un niño de once años la encontrase intimidante.

—Hola —dijo ella—. Creo que está perdido —su voz no era chillona.

Era más bien el sonido de una campana de una iglesia en una mañana fría y pura.

La profesora se echó atrás en la silla y cruzó los brazos sobre su pecho, como si hubiera llegado a la alarmante conclusión de que estaba sola en aquel extremo del edificio.

Las mujeres generalmente no se sentían alarmadas por él, pero el hecho de que ella estuviera allí a las cinco de la tarde podía querer decir que estaba refugiándose de algo en cierto sentido. El aula era realmente una muestra de que no tenía una vida.

¿Cuánto tiempo se tardaba en hacer un árbol como aquél?

Probablemente hubiera estado allí todo el verano, enclaustrada, trabajando en él.

Y más pena le daba aún al ver que su pecho estaba delicadamente curvado, aunque pensó que notar aquello era una especie de pecado tratándose de una maestra de quinto curso. Y el hecho de que él lo hubiera notado probablemente justificaba la alarma de sus ojos.

Estaba vestida como una monja, aunque él no era un experto en ellas, pero sospechaba que debían de ir vestidas así: una blusa abotonada hasta el cuello, de un immaculado blanco, y un suéter holgado en un olvidable color beige.

Le hubiera gustado ver sus piernas, ya que tenía curiosidad por saber si llevaba falda o pantalones, pero el escritorio le tapaba la vista.

Él se adelantó, se inclinó encima del escritorio y extendió su mano. No pudo extenderse todo lo necesario como para ver sus piernas sin alarmarla más de lo que ya estaba, así que no lo hizo.

—Soy Ben Anderson, el tío de Kyle —levantó la cara deliberadamente para mostrar su sonrisa.

Y se lamentó de no haberse cambiado de ropa. Llevaba ropa de trabajo, unos vaqueros rotos que mostraban su rodilla y la camiseta a juego con el nombre de su empresa estampado.

La señorita Maple extendió su mano, pero no le devolvió la sonrisa. No mantuvo su mano por más tiempo que el mínimo aceptable. Fue un saludo frío y breve.

—Llega muy tarde. Me iba a marchar —dijo la profesora.

Ben se sorprendió de sentirse no como un hombre de un metro ochenta y cinco y un cuerpo musculoso y fuerte, sino como un niño. Por el rabillo del ojo vio entrar a Kyle con gesto atemorizado. Y Ben decidió que no podía culparlo por no darle la nota.

—Mmm... Bueno... Ya sabe, la vida se interpone en el camino.

Ella no se sintió ablandada por él.

—Kyle, ¿puedes ir a la biblioteca? Le he dicho a la señora Miller que te diera una copia de *La historia de Khan* para ti. Y me ha dicho que te la dejaría en su escritorio.

—¿Para mí? —preguntó Kyle con un chillido.

Y Ben vio que la dura máscara de su sobrino desaparecía de sus ojos, y que tenía el aspecto de cualquier niño pequeño que estaba a punto de echarse a llorar. Un niño pequeño, pensó Ben, que había visto muy poca amabilidad en su vida.

Se dio cuenta de que la profesora también observaba alejarse a Kyle, con una mirada entre turbada y tierna a la vez. Pero cuando la señorita Maple lo volvió a mirar a él, sus ojos volvieron a ser cuidadosamente fríos.

—Tome asiento, señor Anderson.

La señorita Maple pareció darse cuenta al mismo tiempo que él de que en aquel sitio no había asiento posible donde pudiera sentarse. Los escritorios eran demasiado pequeños, y ella tenía la única silla con tamaño para adultos.

Notó que se ponía levemente colorada y que se sentía incómoda. Él decidió sonreírle otra vez. Tal vez ella fuera una de esas mujeres a las que les gustaba la mirada de un auténtico hombre, todo músculos y suciedad. Y para comprobarlo él flexionó apenas su antebrazo para ver si ella prestaba atención.

Lo hizo, porque se puso más colorada, y se entretuvo repentinamente con unos papeles de su escritorio. Al parecer, se olvidó de que ella lo había invitado a sentarse.

—Su sobrino es una especie de dilema, señor Anderson —dijo ella de repente, moviendo papeles para evitar el contacto visual.

—Ben —dijo él, con la esperanza de que ella le diera su nombre.

Pero ella no lo hizo. De hecho, dejó de mover papeles y apretó la boca, lo miró fijamente con solemnidad. Pero aquel gesto frío fue aplacado por otro más suave cuando se puso un mechón dorado detrás de la oreja.

Ben tuvo el inesperado e inquietante pensamiento de que quería besarla. No sabía por qué. Tal vez para producir un cortocircuito a la mujer que se escondía detrás de aquel atuendo tan correcto y detrás de aquella mirada dura.

Ella no era el tipo de mujer que solía buscar él. Y estaba seguro de que él no era el tipo de hombre que buscaría ella.

Ella era el tipo de mujer en la que no habría ningún cortocircuito. Si un chico fuese a salir con ella, no terminaría en su jardín trasero en un *jacuzzi* al aire libre a medianoche.

¡Claro que la señorita Maple no tendría un *jacuzzi* con agua caliente en su jardín!

La miró detenidamente, tratando de adivinar sus actividades fuera del colegio. Tejer, posiblemente. Observar a los pájaros, probablemente. Leer, definitivamente.

No, ella no era su tipo en absoluto. Y era probablemente lo que explicase su interés por ella.

No sabía exactamente cuándo se había hartado de la clase de mujer de su tipo, aunque eso cubría una extensa variedad, desde las supersofisticadas mujeres debutantes que se presentaban en sociedad, a chicas a las que les gustaba la fiesta, o a divorciadas con experiencia, o mujeres con una profesión, independientes y de espíritu libre.

Ninguna de ellas lo intrigaba desde hacía tiempo.

Al principio nadie lo había notado, pero últimamente sus amigos se habían empezado a dar cuenta de la habilidad que tenía Ben de irse solo a casa, como si hubiera contraído una extraña enfermedad que necesitase ser curada antes de que se volviera contagiosa.

Aquella maestrita recatada le planteaba un desafío a Ben. Era el primer caso de interés que había encontrado en lo que sus amigos llamaban «la caza» desde hacía tiempo.

O tal vez, se dijo, estuviera buscando un poco de diversión en su vida.

Fuera lo que fuera, ella lo estaba distraendo de lo que le estaba diciendo sobre Kyle.

Un contrato para que firmase Kyle, con objetivos y desafíos y recompensas.

—Señor Anderson —dijo la señorita Maple, ignorando su invitación a llamarlo Ben—. Su sobrino tiene resultados malísimos en los exámenes. No quiere hacer los deberes, y no participa en las discusiones de clase. Pero pienso que lee a un nivel de universidad prácticamente, y con absoluta comprensión. El plan que tengo para él supondrá un tremendo trabajo y compromiso de mi parte —continuó la señorita Maple—. Y necesito saber que usted me respaldará en casa, y que está dispuesto a emplear la misma cantidad de tiempo y compromiso.

A Ben nunca le habían gustado las mujeres que soltaban tan rápidamente la palabra «compromiso», pero en ese caso se interesó.

—¿Por qué no discutimos su plan con más detalle durante una cena? —preguntó Ben.

Su propuesta no tuvo el efecto que él deseaba. La señorita Maple más bien pareció irritada.

Él mismo se sintió un poco irritado.

Las mujeres no solían mostrarse irritadas cuando él las invitaba a cenar. Más bien se sentían encantadas, interesadas. Y pensó que era una especie de desprecio que la profesora de quinto no se sintiera halagada por su invitación a cenar, ni interesada por él en absoluto.

Probablemente ella estuviera tratando de actuar con profesionalidad, ya que la había visto ponerse colorada cuando él había flexionado el músculo. Y eso le había indicado que no era tan inmune a él como quería aparentar.

—No voy a cenar con los padres de mis alumnos, señor Anderson —dijo la señorita Maple.

A pesar del hecho de que él se sintiera sorprendido por su rechazo, Ben puso cara de inocencia.

—Señorita Maple, no soy el padre de Kyle. Soy su tío.

Ella volvió a ponerse levemente colorada, pero Ben estaba casi convencido de que era debido a su irritación, no a la flexión de su antebrazo.

—No salgo con los familiares de mis alumnos —aclaró ella.

—¿Salir? —Ben alzó la ceja en señal de sorpresa—. Me ha interpretado mal. Yo no le estaba pidiendo salir con usted.

¡Ella pareció levemente herida!

El problema con una mujer como la señorita Maple, pensó Ben, era que ella sería mucho más complicada que las mujeres con las que él solía salir.

Así que lo mejor era evitarla.

Pero no hizo nada así.

—Simplemente he pensado que podríamos hablar más tranquilamente sobre su plan —Ben miró su reloj—. Kyle aún no ha comido, y estoy intentando ordenarle un poco los horarios de las comidas —dijo él a modo de explicación.

Eso era verdad. Su sobrino era alarmantemente pequeño y delgado para su edad, una consecuencia de la vida a la que lo había acostumbrado Carly. Al principio el niño se había resistido a los esfuerzos de Ben de hacerle comer comida sana a intervalos regulares, pero en los últimos días, Ben había notado que Kyle parecía empezar a adaptarse a una rutina diaria, e incluso a sentirse cómodo con ella.

Ben se encontró compartiendo aquello con la señorita Maple, quien pareció impresionada.

—Ha tenido una vida dura, ¿verdad? —susurró ella.

Ben la vio ablandarse. Era el momento de atacar. Si la invitaba a cenar ahora, ella diría que sí.

Pero él se sorprendió de no poder hacerlo. Apenas pudo hablar por el nudo que se le había formado en la garganta. No podía ni empezar a contarle lo dura que había sido la vida del niño.

Aunque sabía que él era capaz de ser un desgraciado, no podía usar la vida de Kyle para conseguir lo que quería.

Que era una cita con la señorita Maple.

Sólo para saber cómo terminaría.

Pero lo dejaría de momento, porque a pesar de todo, él tenía un sentido claro de lo que era justo. La señorita Maple realmente se preocupaba por Kyle. Eso era obvio. Y no era algo con lo que debía jugarse. Su sobrino había tenido poca gente que se preocupase por él para que su tío lo defraudase también en busca de algo tan fácil de conseguir como una cita con un miembro del sexo opuesto.

Sí, él tenía que pensar aquello más cuidadosamente.

Pero se encontró dándole a la profesora su número de teléfono móvil, por si acaso ella necesitara consultar algo con él durante el día.

La maestra lo aceptó, reacia, como si intuyera que lo que él quería realmente consultar con ella fueran sus actividades fuera del horario de trabajo.

Kyle volvió a la clase con el libro apretado contra el pecho.

—¿Cuánto tiempo puedo quedármelo? —preguntó sin preámbulos.

—Es tuyo —dijo la señorita Maple gentilmente—. Lo he pedido exclusivamente para ti.

Kyle la miró.

—Lo he leído ya. Es estúpido. No lo quiero.

Ben tuvo que reprimir el deseo de abalanzarse sobre su sobrino por ser tan desagradecido, pero cuando miró a la señorita Maple, notó que ella estaba ignorando las palabras y mirando cómo el niño estaba abrazando el libro.

—Quédatelo de todos modos. A tu tío le puede gustar.

Ben la miró, escéptico. Pero no hubo nada de su expresión que revelara lo que había pensado ella para decir aquello.

Él volvió a sentir aquella punzada de excitación. Como si se sintiera un guerrero explorando un nuevo territorio que pudiera acarrearle una oportunidad para el éxito o el fracaso.

—Me gusta el árbol —dijo Ben, pensando que el halago conseguiría algo.

—Gracias —respondió ella—. Lo hicimos el año pasado como un proyecto de clase. Lo usamos como una excusa para aprender experiencias en Ciencias, Matemáticas e Inglés. «Lo que se aprende con gusto no se olvida nunca», dijo Aristóteles.

* * *

Al salir del colegio, Ben llevó a Kyle a comer una hamburguesa.

—Tu maestra no me ha parecido tan vieja —dijo Ben.

¡No se le ocurrió hablar de otra cosa! ¡De una mujer que citaba a Aristóteles como si nada!

Debería salir corriendo en lugar de sentirse interesado por ella, pensó.

Kyle ni lo miró. Estaba demasiado absorto en su libro.

—Eso lo dices porque no tienes once años.

—Tampoco me ha parecido tan fea.

Llegaron las hamburguesas, y Kyle puso tanto cuidado en que su libro no se manchase, que apenas quería tocar la comida.

—Bueno, tú no le has visto la cara cuando no se entregan los deberes.

—Sería bueno que hicieras los deberes —dijo Ben pensando que Kyle tenía suerte por tener una maestra tan entusiasmada con su profesión y tan preocupada sinceramente por él—. Si los haces durante un mes seguido, iremos a ver a los Giants.

Kyle ni levantó la vista del libro.

De camino a casa pararon en el hospital para ver a Carly.

Su hermana estaba dormida. Tenía aspecto frágil y se la veía pequeña en la cama del hospital.

No sería fácil interesar a un niño con los Giants con una madre que estaba tan enferma, pensó Ben con tristeza.

No obstante, no sabía cómo consolar a su sobrino y sintió el peso de su propia torpeza cuando llegaron a casa y Kyle se marchó directamente a su cuarto sin dar siquiera las buenas noches y cerró la puerta de un portazo.

Momentos más tarde, Ben oyó el estridente ruido de la música gritando incomprensiblemente.

Ben se sintió agotado de repente. Sus pensamientos se dirigieron a la señorita Maple, y no se sintió como un guerrero ni un cazador en absoluto.

Se sintió como un hombre que estaba solo y tenía miedo.

Un hombre que había visto algo en la claridad de aquellos ojos que lo habían hecho sentir como si pudiera abandonar sus armas y dejar de luchar.

El diario secreto de Kyle O. Anderson

Una vez, cuando era pequeño, mi madre me dijo que mi tío Ben era un donjuán que mataba a las mujeres. Cuando vio mi mirada después de decírmelo, mi madre se rió y me aclaró que eso no quería decir que literalmente mataba a las mujeres.

Eso significaba que las mujeres lo amaban. Ahora que vivo con él veo que es verdad. A cualquier sitio que vamos, como la hamburguesería de anoche, veo que las mujeres lo miran fascinadas, como si estuvieran casi enamoradas de él sin siquiera haber hablado con él.

Y sé a qué lleva eso. Porque lo he visto en mi madre: Amor más mi madre igual a desastre. Probablemente sea una cosa de familia.

Me gustan los diarios. Siempre he tenido uno. He encontrado uno que le habían regalado a mi madre y que nunca usó. Tiene una llave y todo.

Tener un diario es como tener un amigo secreto a quien se le pueden contar cosas cuando son demasiado grandes para guardarlas dentro. Robé el que estoy usando porque tiene una llave también, y no quería que nadie se riera de mí al comprarlo, aunque luego me he sentido mal, y he pensado que podría haber dicho que lo compraba para mi hermana mayor como regalo de cumpleaños. Lo que es una mentira porque no tengo una hermana mayor.

No sé qué es peor, si mentir o robar.

Hay muchas cosas que la gente no sabe de mí, como que en realidad no me gusta hacer cosas malas, pero eso me ayuda a disimular lo asustado que estoy.

Mi mamá se va a morir. Pesa poquísimo ahora, menos que yo, y se le notan los huesos y las venas azules de las manos. Tiene una mirada como si estuviera diciendo «adiós», aunque sigue hablando con dureza y como si todo fuera a arreglarse y ella fuera a volver a casa. Cualquiera, hasta un niño, se da cuenta de que eso no es verdad.

Aunque no me siento un niño casi en ningún momento.

Siento como si hubiera estado cuidándola a ella mucho más tiempo del que ella me ha cuidado a mí.

No es que lo haya hecho muy bien. Mira cómo está ahora.

Mi mamá no es como las mamás que se ven en las películas o en los libros de cuentos. Ella bebe demasiado y le gustan las fiestas, y se relaciona con gente horrible. Su novio de ahora es un desgraciado que se llama Larry. Ni siquiera va a verla al hospital salvo que ella reciba el dinero de la asistencia social y él lo necesite.

El tío Ben la trajo al hospital más cercano a su casa, así que, ja, ja, Larry va a tener que cambiar dos veces de autobús. Al menos, él jamás me ha pegado a mí ni ha pegado a mi mamá, no como el anterior, un horror llamado Barry.

Ése es el triste poema de la vida de mi madre.

Y ahora otro secreto: aunque tengo miedo de que ella muera, también tengo miedo de que viva. Intento que no se entere mi tío, pero me gusta su casa. No es sólo que es bonita, aunque lo es, es que todo está limpio, y él siempre tiene comida, aunque sean cosas nada ricas como plátanos y manzanas y nada de galletas y patatas fritas.

Me siento seguro aquí, como que sé qué es lo siguiente que va a pasar y que no va a haber fiestas en medio de la noche en las que la gente empieza a gritarse y a romper botellas, y al rato se oyen las sirenas viniendo.

Es raro que una de las cosas de las que más miedo tengo sea de que yo no le guste a mi tío.

¿Qué me pasará si él me echa de su casa? Y a pesar de ello, soy malo con él. Mi madre siempre ha sido mala con él. Cada vez que él venía, aunque traía comida para nosotros, ella le gritaba que se marchase, que era demasiado tarde, que no lo necesitábamos. Y luego, en cuanto se iba, ella cerraba de un portazo la puerta y decía: «¿Por qué no es capaz de decirme nunca que me quiere?». Y lloraba durante una semana, que es más o menos como me siento yo después de ser malo con él.

Mi tío compró cosas nuevas para mi habitación de su casa, y me ha dejado una tele muy bonita y un estéreo fabuloso. Yo nunca tuve cosas nuevas: una cama nueva y sábanas tan nuevas que estaban un poco rígidas la primera noche. Casi me hace llorar el saber que las había comprado especialmente para mí, y que me había dejado la televisión aunque no tenga otra en su dormitorio.

Me ha hecho pensar que tal vez sea bueno quedarme en su casa. Pero soy lo suficientemente mayor como para saber que la esperanza es la cosa más peligrosa. Tal vez sea por ello por lo que me enfadé y le dije que los cowboys de las sábanas eran patéticos.

Mi tío Ben era marine. Es grande como una montaña, y probablemente haya matado a todo tipo de gente. Quizás con sus manos. Yo no puedo ser un crío pequeño delante de él.

En mi nuevo colegio todo es nuevo y reluciente, y no tienes que pasar por un detector de metales a la entrada. La biblioteca tiene montones de libros, pero yo intento no entusiasmarme con ello por si todo cambia.

Pasa lo mismo con la señorita Maple, porque es demasiado buena para ser verdad. Hace cosas realmente buenas por mí, como lo del libro de esta noche, pero me hace

desear ser pequeño y ponerme en su regazo y llorar, llorar y llorar.

¿Ves? Otra vez la idea del bebé que llora.

¿Has visto alguna vez esas películas en las que la gente vive en una casa grande en un edificio bonito, con un jardín como los que construye mi tío con un golden retriever? ¿Con flores y fuentes y ese tipo de cosas?

La señorita Maple es la mamá en esa película. Lo puedes ver en sus ojos: ¡Cuando se case y tenga hijos no habrá fiestas donde se rompan cosas por la noche!

Seguro que les hará galletas caseras y se las servirá calientes con leche antes de acostarlos. Y luego un delicioso baño, todas las noches, estés sucio o no. Y entonces apuesto a que se tumbará en la cama con su niño y le leerá cuentos sobre algo como tortugas que hablan.

Seguro que tendrá reglas estúpidas como que te laves los dientes, y que digas «gracias» y «por favor», y que no seas lento.

Es por eso por lo que actúo como si la odiase, porque ella es la mamá que quería y que no he tenido. Y me siento culpable por pensar eso cuando mi mamá está a punto de morir.

Le he dicho a mi tío que ella era vieja y mezquina y fea porque habría sido mucho más fácil para mí si eso hubiera sido cierto. Encima con eso de que él es un donjuán, yo no quiero que se acerque a ella. Porque, ¿quién sabe lo que puede pasar?

Me gusta saber qué es lo siguiente que va a pasar.

Es un poco de mal gusto pensar en que tu maestra y tu tío se puedan gustar. Tuve un feo presentimiento de que podía existir esa posibilidad. Yo siempre estoy pensando en las posibilidades, haciendo todo lo posible para que la vida no me sorprenda.

Supongo que no debí darle la nota de la señorita Maple, porque ha sido peor de lo que suponía que se hayan visto. Conozco esa mirada. Suele ocurrir cuando mi vida empieza a estar mejor. Estoy yo solo con mi mamá y entonces hay una mirada así entre mi mamá y su último novio desastroso y todo se viene abajo. Claro que, ni mi tío ni la señorita Maple son desastrosos, pero pienso que si es cosa de familia, estoy perdido.

Probablemente puedo asustar a la señorita Maple para que se quite a mi tío de la cabeza. ¿Y si mi tío decide estar con la señorita Maple y deshacerse de mí?

Este es el tipo de pregunta que me da dolor de estomago. Intentaré que la señorita no quiera nunca acercarse a nosotros.

Me pregunto si la señorita Maple gritaría si le pongo un sapo en el escritorio.

He visto uno, uno muy grande, en el estanque de que está detrás del colegio, fuera de sus terrenos, adonde no solemos ir salvo que hagamos una excursión para la clase de Ciencias.

En mi viejo colegio no hacíamos excursiones para la clase de Ciencias.

Y pensar en cómo apresar a ese sapo, en lugar de pensar en mi madre en el hospital, o en si mi tío y la señorita Maple van a pasar al estadio de hacerse ojitos el

uno al otro, me alivia el dolor de estómago y así me puedo dormir por fin.
Pero sólo si dejo la luz encendida.

Capítulo 2

Beth Maple oyó una sofocada risita cuando fue a abrir el cajón de arriba de su escritorio para darle un premio a Mary Kay Narsunchuk, una niña de la clase, por haber ganado un concurso de ortografía.

Durante el concurso de ortografía había visto por el rabillo del ojo a Kyle O. Anderson mirando ausente por la ventana, como si no prestase atención, pero formando con la boca cada letra de cada palabra que ella le había presentado a la clase, incluida la última que había adivinado la niña. Pero cada vez que ella le había pedido a Kyle que deletrease una palabra, éste había fruncido el ceño y había bajado la cabeza.

Era un adelanto en relación al concurso de la semana anterior, cuando cada vez que le había pedido que deletrease una palabra, Kyle había deletreado una palabra, sí, pero no la que le había dado, sino una parecida pero más provocadora.

Ella había tenido que interrumpirlo. Afortunadamente, la clase no se había dado cuenta de lo que había ocurrido.

Pero Kyle se había portado sorprendentemente bien durante aquel concurso. Tal vez su tío hubiera hablado con él después de la reunión del día anterior, y hubiera implementado el sistema de recompensas en la casa.

Posiblemente hubiera sido el pensar en su tío por un momento lo que la había distraído y había hecho que desoyera la advertencia de su cerebro al oír la risita y meter la mano en el cajón sin prevención.

¡Claro que, su cerebro podría haberle advertido contra el atractivo tío de Kyle y no sólo contra lo que pudiera encontrar en el escritorio!

Beth gritó. Luego se llevó la mano a la boca.

Vio el sapo más grande que hubiera podido ver jamás, a escasos centímetros de ella, en el suelo.

«Es sólo un sapo», se dijo. Pero no obstante, volvió a gritar cuando el animal saltó hacia delante. Por encima de todos los otros sonidos pudo oír la risa satisfecha de Kyle disuelta en el jaleo que se armó.

Varios pequeños caballeros fueron a rescatar a la profesora, persiguiendo al sapo.

Pero entonces fue Kyle quien apareció y agarró al sapo contra su pecho, y miró, desesperado, a los otros niños, que lo rodearon.

—Dame el sapo —dijo en tono de amenaza Casper, el chulito de la clase.

—Sólo te advertiré una vez que te mantengas alejado de mí —dijo Kyle con voz temblorosa.

Casper, que era el doble de grande que él, se rió.

—¿Sí? ¡No me digas! ¿Y luego qué?

—¡Luego los pasillos se llenarán de la grasa derretida de tu cuerpo! —gritó Kyle, metiéndose el sapo dentro de la camisa.

Casper dio un paso atrás, sobresaltado. La clase se quedó en silencio. Casper miró

a Kyle, agitó la cabeza y luego se marchó y se sentó, seguido por los otros niños.

Kyle miró a la profesora con una mirada que ella interpretó como de disculpa, y se marchó por la puerta.

Y luego no volvió.

La señorita Maple tuvo un horrible sentimiento de resignación de que tendría que informar al tío de Kyle de que había perdido a su sobrino.

Y la verdad era que ella hubiera preferido no tener que volver a hablar con Ben Anderson.

O al menos la parte de ella que se había sentido arrebatada por su presencia.

La otra parte, más débil, se moría por volverlo a ver.

Beth pensó que Ben Anderson era el tipo de hombre que debía llevar una etiqueta con una advertencia: «Cuidado. Demasiado potente para ser manipulado».

Jamás había estado con un hombre tan *sexy*. Cuando él había aparecido en el aula el día anterior, le había parecido que todo se había borrado de su alrededor excepto él.

Ben Anderson era todo potencia masculina. Desde el movimiento tan relajado de aquel increíble cuerpo masculino, a esas facciones casi perfectas de no ser por una nariz levemente torcida como consecuencia de un golpe, algo que lo hacía aún más atractivo.

Irradiaba fuerza y seguridad, desde la ondulación de sus músculos hasta cuando torcía los labios. Pero toda esa seguridad no llegaba a arrogancia gracias a la luz que bailaba en sus ojos verdes. Los ojos de Ben Anderson eran cálidos y llenos de risa. La inclinación a hacer travesuras de Kyle era evidentemente genética.

No obstante, algo se escondía detrás de aquella risa de sus ojos, del repliegue del gesto de su boca. Había un lugar intocable en Ben Anderson que estaba tan distante como la cima de una montaña. Pero lamentablemente, en lugar de hacerlo menos atractivo, lo hacía más interesante, le agregaba sensualidad.

Ben Anderson tenía ese no sé qué que hacía que las mujeres se derritieran por él.

Y él lo sabía, el muy sinvergüenza.

Y el día anterior ella se había sentido totalmente indefensa para enfrentarse a una experiencia así.

No era posible conocer a un hombre así en un campus universitario.

No, ese tipo de hombre iba a lugares solitarios y campos de batalla. Aun si Kyle no le hubiera mencionado que su tío había estado en los marines, ella habría sabido que él tenía algo que otros hombres no tenían.

No era el tipo de hombre que podía conocer en una reunión con los padres de sus alumnos, ni el tipo que se hubiera dedicado a su esposa y sus hijos.

La mirada de Ben le había hecho sentir que un terremoto había comenzado en su interior.

Y ella odiaba aquel sentimiento; el no sentir el control sobre sí misma.

Probablemente ése había sido el motivo por el que se había puesto a hablarle de los beneficios educativos del árbol de la clase... ¡Y a citar a Aristóteles!

¿A quién se le ocurría hacer eso con un hombre como él?

A ella le encantaba sentir su control sobre sí misma, sobre todo después de la única experiencia loca que había tenido, algo poco característico de ella, que la había dejado humillada y con el corazón roto.

Debería haber sido más sabia. El error que había cometido no era característico de alguien como Beth. Ella era una persona cautelosa, convencional, conservadora. Pero se había dejado atrapar por el amor a través de Internet.

Su amor, Rock Kildore, había resultado ser un invento. Un hombre que no se llamaba así, que tenía cincuenta y dos años y estaba casado. En lugar del personaje que él había creado para ella: Un hombre soltero de Oakland, California, que trabajaba en informática en Abu Dhabi, y que decía que se había enamorado perdidamente de ella. Hasta las fotos que le mandaba habían sido falsas.

Pero durante un año, Beth había creído desesperadamente lo que había querido creer, intercambiando cartas de amor todo el tiempo, enamorándose del enamoramiento.

Ella había soñado con el día en que los problemas del trabajo de Rock y los obstáculos de la distancia pudieran ser superados para conocer al amor de su vida.

Sus padres habían estado preocupados. Pero ella, la menor de la familia, odiaba que la trataran como a una niña, y como si no pudiera tomar una decisión por su cuenta.

Cuando su aventura virtual había terminado en catástrofe, Beth se había refugiado en su verdadera naturaleza.

Era el momento de demostrar que ella era una persona madura, sensata, profesional, tranquila y controlada, cualidades que siempre habían sido suyas, antes de perder la cabeza.

Eran las cualidades que la hacían una maestra ejemplar, y a las que había vuelto con determinación.

El enseñar le sería suficiente. Su capacidad de amar sería dirigida a sus alumnos ahora. Su pasión la aplicaría al aula.

Sus padres se habían sentido decepcionados cuando ella les había anunciado que sería soltera de por vida. Pero no podía seguir complaciéndolos en todo.

Pero el mirar a Ben Anderson le había hecho perder el control. Le había hecho sentir que si un hombre como aquél la llegaba a besar, ella entregaría el control con facilidad, y podría adentrarse en una experiencia salvaje.

Había notado su lasciva debilidad, y le había parecido que él también se había dado cuenta de ella. Lo había notado en el modo en que le había sonreído, en la sonrisa de sus ojos, en el breve roce de su mano cuando la había saludado, y cuando le había dado su teléfono móvil.

Ben Anderson evidentemente había sido el conquistador de muchos corazones.

Y los habría roto todos, apostaba Beth. Cuando él le había dado su tarjeta profesional, por si ella lo necesitaba, ella había tenido la desagradable sensación de

que él esperaba que ella encontrase un pretexto para llamarlo.

Y ahí estaba ella, marcando su número de teléfono, y odiando hacerlo, aunque aquélla era una verdadera urgencia.

Ben contestó el teléfono.

Ningún hombre podría haber tenido una voz más *sexy*. Una voz grave y profunda. Al contestar dijo un enfático «¿Sí?».

—Señor Anderson, Kyle se ha marchado del colegio.

Había una máquina de fondo haciendo ruido.

—Lo siento, no puedo oírla.

—Kyle se ha ido —gritó ella, justo en el momento en que se detuvo la máquina.

El silencio fue ensordecedor, y ella se apresuró a llenarlo.

Le explicó el incidente del sapo. Ben escuchó sin hacer ningún comentario.

—Y entonces salió corriendo —terminó diciendo la profesora—. Yo lo busqué en los escondites habituales, debajo del escenario, en el gimnasio, en los servicios. Me temo que no está aquí.

—Gracias por hacérmelo saber —dijo Ben—. No se preocupe.

Y Beth se encontró con un teléfono mudo, y con una mezcla de admiración, por aquella actitud de «Yo lo arreglaré», cuando obviamente era un inexperto acerca de los líos en los que se podían meter los niños, e irritación, por sentir que al oírlo se sentía menos preocupada.

Él era ese tipo de hombre, el hombre que se querría tener cerca si los enemigos estaban amenazando.

Era ridículo pensar que pudiera saber eso habiéndolo visto sólo un día.

Pero lo sabía. Si un barco se estaba hundiendo, él sería el que encontraría la balsa salvavidas.

Y la isla desierta.

Había tenido un momento estúpido en que se le había pasado por la cabeza pensar en esa posibilidad con Ben Anderson: estar en una isla desierta. ¡Era suficiente para hacerla olvidarse de que había perdido a un niño!

Una hora más tarde, cuando los niños se estaban marchando, vio a Ben Anderson abrir la puerta del colegio. Se abrió paso entre los niños como si fuera Gulliver en el país de Lilliput.

Hubo algo en su rostro que la hizo sentirse aliviada, aunque su expresión era grave y Kyle no estaba con él.

—¿Lo ha encontrado?

El pasillo estaba vacío en aquel momento.

Ella se sintió pequeña y femenina a su lado, a pesar de que no usara nada de maquillaje y estuviera vestida con aquel atuendo típico de maestra de escuela.

—Todavía no. Pensé que podía estar en casa, pero no estaba —dijo Ben con

serenidad.

Y eso la hizo sentirse más tranquila, como si él fuera un hombre en quien pudiera apoyarse y por quien podía sentirse protegida.

De repente, él le puso la mano en la frente.

—Eh, no se preocupe, Kyle estará bien.

—¿Y cómo lo sabe? —preguntó ella, sobresaltada por el contacto de su mano.

—Kyle lleva once años cuidándose solo en entornos muy poco recomendables. Está bien, estoy seguro —dijo con convicción Ben Anderson.

Apartó su mano de la frente de la profesora y la miró frunciendo el ceño como si su mano se hubiera movido sin su permiso. Se la metió en el bolsillo.

Y ella tuvo la sensación de que el contacto lo había sobresaltado tanto como a ella.

—Si no está en su casa, ¿dónde se ha ido? —preguntó ella.

Las noticias estaban llenas de los peligros que acechaban a niños que no tenían cuidado, como Kyle. En los diez días que Kyle llevaba en su clase no había dado ninguna muestra de cuidado.

Claro que, su tío no tenía el aspecto de alguien que hubiera tenido cuidado un solo día de su vida, y parecía haber sobrevivido sin problemas.

Probablemente rompiendo los corazones de toda mujer a doscientos kilómetros de él.

—Eso es lo que estoy tratando de imaginar. Kyle no está demasiado familiarizado con Cranberry Corners todavía. ¿Se está escondiendo en algún sitio? ¿En cuánto lío piensa que se encuentra?

—No se trata sólo del sapo —le dijo ella.

Y repitió lo que Kyle le había dicho a su compañero de clase.

Ben no podía creerlo.

—¿Ha dicho eso? —exclamó.

—¿Cree que estaba amenazando con quemar el colegio? —susurró ella.

Ben se rió, lo que no debió hacerla sentir mejor. Pero lo hizo.

—No, es un niño escuálido. Usa su cerebro para defenderse, y le funciona. Dios, ¿de dónde habrá sacado esas palabras?

¡Ella se alegraba de que no fuera de su tío!

—¿De *La historia de Khan*? —intentó adivinar ella.

—¡Bingo! —dijo él, con aprobación por la capacidad de deducción de la señorita Maple.

Ella no podía dejarse debilitar por su aprobación. Buscar la aprobación de un hombre como él podía ser el principio de su debilitamiento.

—Si pudiéramos usar ese poder de deducción para adivinar dónde puede estar... —dijo Ben.

—Usted lo conoce más que yo —comentó ella.

La profesora notó que la duda atravesaba su rostro, pero luego Ben la miró,

pensativo.

—Dice que todavía tiene el sapo, ¿no? —preguntó Ben.

Ella asintió.

—Ha dicho que los otros niños querían el sapo y que él no quiso dárselo.

Era una tontería sentirse complacida por el hecho de que él la hubiera escuchado tan atentamente. Era increíble lo fácil que le resultaba a él quebrantar sus defensas.

—Bueno, entonces supongamos que se preocupa por el sapo. Tal vez haya querido devolverlo al lugar de donde lo sacó.

Tenía sentido, pensó Beth, lamentando que no se le hubiera ocurrido antes a ella.

—Hicimos una pequeña excursión al estanque de Migg —dijo ella—. No está lejos de aquí. Fuimos caminando.

—Estoy seguro de que puedo encontrarlo.

Ella también estaba segura de que él podía hacerlo. Pero iría con él. Y no para pasar tiempo con él. No porque estar a su lado la hiciera sentirse suave, pequeña y delicada.

Iría porque se trataba de un niño que a pesar de tener la inteligencia de quien se cría en la calle, seguía siendo un niño. De algún modo, en alguna forma, alguien tenía que hacérselo saber. Que ellos irían a buscarlo cuando él hubiera perdido el camino.

—Voy a buscar mi chaqueta, y las botas —dijo ella.

Ninguna mujer con el más mínimo interés en Ben Anderson se dejaría ver por él con aquellas botas con una falda, pensó ella para sentirse aliviada.

—Está mojado alrededor del estanque —le advirtió ella.

Estaba contenta por verse actuar tan controladamente. Pero al querer ver sus pies y deslizar la mirada por sus piernas musculosas se lamentó de haberlo hecho.

—No me preocupa mojarme los pies —dijo él.

El tono de su voz parecía haberle querido hacer saber que había estado en muchos sitios más incómodos que un terreno mojado.

Cuando ella se puso las botas que usaba para las excursiones y salió del cuarto para cambiarse y él la miró con aquellos ojos burlones, ella se arrepintió de habérselas puesto. ¡Deseó estropearse los zapatos!

En un esfuerzo por disimular lo incómoda que se sentía con aquellas botas, dijo:

—Me gusta el nombre que le puso a su negocio: Garlen of Weedin. Muy original.

Él bajó la vista hacia su camisa y se sonrió.

—Muy creativo —dijo ella.

—Sí, bueno, lo robé.

—¿Qué?

—Lo vi en un cartel en un pequeño pueblo por el que pasé hace mucho tiempo. Me llamó la atención.

—No creo que se pueda robar un nombre. Eso sería como decir que mi madre robó el nombre de Beth a la tía por la que me lo pusieron.

—Beth —dijo él, complacido, como si ella le hubiera revelado un secreto que él

quería saber desde hacía tiempo.

El modo en que Ben lo dijo le provocó a ella un cosquilleo en la columna vertebral.

Ella lo miró, pero él estaba mirando hacia delante.

—El estanque de Migg está fuera de los terrenos del colegio. Se supone que los niños no van solos allí.

Él se sonrió.

—¿Es usted de las personas que se saltan las reglas? —lo desafió ella.

—No, señorita —contestó él con el mismo tono de diversión de sus ojos.

—¡Lo es! ¡Estoy segura!

—¿Y cómo lo sabe? —la miró con aquellos ojos picaros.

—Me temo que puedo imaginármelo en quinto curso fácilmente. El hecho de que el estanque esté fuera de la propiedad del colegio habría sido algo que lo habría hecho irresistible para usted.

—Me habría hecho sentir culpable.

—¿Un sapo en el cajón de la maestra? —preguntó ella.

—Sólo si la profesora me cayera bien.

Ella se quedó pensando y dijo:

—No creo que yo le caiga bien a Kyle.

—A mí me habría caído bien, si hubiera estado en quinto curso de primaria. Pero no lo habría demostrado. ¡Sería una muestra de debilidad por mi parte!

Ella se sintió afectada por aquel comentario. Pero eso no quería decir que a él ella le gustase ahora.

—¿Qué es lo que le hace pensar que yo le habría caído bien a esa edad? Yo soy muy estricta. Creo que algunos niños piensan que soy mezquina.

Ella se dio cuenta de que él estaba reprimiendo una risa.

—¡Lo soy! Porque no se puede volver atrás si te pierden el respeto desde el principio. Más tarde puedes ablandarte si tienes que hacerlo.

Él no se sintió impresionado.

—Bueno, me hubiera gustado porque es mona y relativamente joven. Y porque hace cosas divertidas como hojas de un árbol cayendo con el nombre de los alumnos.

Él no había usado el árbol para decirle un piropo. Realmente le había gustado.

Llegaron al estanque. Como le había dicho ella, todo el terreno alrededor estaba húmedo y embarrado.

Pero no fue él quien se resbaló y casi se cayó. Fue ella. Él le agarró el codo para sujetarla.

Su contacto nuevamente la hizo sentirse femenina.

Ella se apartó de él y miró la zona.

—No está aquí —dijo Beth—. Debería marcharme.

Pero Ben levantó la cabeza tratando de oír algo que ella no podía oír.

—Kyle está aquí —susurró Ben.

Ella miró alrededor. Nada se movía.

—¿Cómo lo sabe?

Con el pie él tocó una pequeña huella en el barro que ella no habría sido capaz de distinguir.

—Es fresca. De hace una hora o algo así. Esto también —señaló una rama rota encima de un arbusto en el sendero.

Ella no quería saber cómo sabía todo aquello él.

No quería conocer la vida de guerrero que había llevado, entrenado para ver cosas que otros no veían. Entrenado para aguantar cosas duras, para ir a donde otros temían ir, para recibir lo que se le presentaba con serenidad y control. No quería saber cómo era el proceso para llegar a convertirse en un hombre tan seguro.

O tal vez sí quisiera saberlo, quisiera saber todo sobre él.

—Bueno —dijo ella—. Estoy segura de que usted puede encargarse de esto solo a partir de aquí. Yo hablaré con Kyle mañana.

—De acuerdo —respondió él, mirándola como si ella no pudiera engañarlo, como si él supiera lo incómoda que la hacía sentirse por hacerle evidentes sus necesidades.

—¿Va a seguir la huella? —preguntó Beth.

—Me gustaría que él viniera a nosotros.

«¿Nosotros?», pensó ella. Había dejado claro que ella se iría.

—¿Va a llamarlo?

—No. Voy a esperarlo. Él sabe que estamos aquí.

—¿Lo sabe?

—Sí.

Ella podía irse. Probablemente debería marcharse. Pero necesitaba dejar de lado toda su precaución y presenciar aquel momento. Necesitaba estar con el hombre que comprendía instintivamente que no debía perseguir a un niño asustado, sino simplemente esperarlo.

Ben puso su chaqueta en el suelo y la palmeó para que ella se sentase, como si ella no hubiera dicho jamás que se marcharía.

Ella finalmente se rindió y se acomodó en su chaqueta. Y él se agachó a su lado.

Estaba tan cerca que ella podía oler su jabón.

—Así que ¿por qué no me cuenta algo interesante sobre usted?

Ella lo miró. Toda aquella experiencia estaba envuelta en una atmósfera de intimidad. ¿Y ahora él quería saber algo interesante sobre ella?

—Probablemente algo interesante para mí no lo sea para usted —contestó ella.

—Uh... Cuéntemelo de todos modos.

Y entonces ella se dio cuenta de que él quería que Kyle los oyera conversar normalmente, no sobre él, no con enfado o con angustia.

A ella no se le ocurrió nada interesante.

—Usted primero —dijo.

—Me gusta el mar y el clima cálido —dijo él mirando alrededor y no a ella—.

Me gustan las olas, y los barcos, nadar, hacer surf y pescar buceando. Me gusta cómo cambia el mar, que unas veces está tranquilo y otras violento. Estuve destinado a Hawai un tiempo, y todavía lo echo de menos.

Ella casi se atraganta. Aquello se parecía demasiado a su fantasía de la isla desierta. Podía imaginárselo con absoluta nitidez, al borde del agua, medio desnudo, su cuerpo perfecto cubierto de sal y bañado por el sol.

Ella se sintió perturbada por aquella visión. Él siguió hablando.

—Solía nadar por la noche. El agua está negra y el cielo negro. No hay línea que los separe. Es como nadar entre las estrellas.

—Parece frío —dijo ella.

—No. No está frío. Hasta en los días más fríos el océano conserva la temperatura todo el año. No está tan caliente como una bañera caliente, pero es como la seda que se deja fuera, expuesta a la brisa de la primavera.

Él no parecía un hombre que pudiera distinguir la seda de la franela. Pero por supuesto que lo era. La lencería más fina estaba hecha de seda, y sin duda él tenía mucha experiencia en aquello.

—Los paracaídas —dijo él sucintamente.

—¿Cómo? —preguntó ella.

—Están hechos de seda —agregó él como si le hubiera leído el pensamiento.

—¿Has ido a nadar de noche alguna vez, Beth? —preguntó él de repente.

Ella esperó no estar colorada. Aquello era totalmente injusto. Ni siquiera podía corregirlo y decirle que la llamase señorita Maple. Porque no quería hacerlo. Quería que la llamase Beth, y quería nadar en la oscuridad. Y correr y comprarse ropa interior de seda. Y tal vez matricularse en clases de submarinismo.

El problema con una persona con una vida perfectamente normal y satisfactoria era que él la hacía desear algo más.

Pero ella no debía bajar sus defensas. No debía olvidar lo que le había pasado con Rock, cuando ella se había dejado atrapar por el desconocido concepto de aventura.

Había terminado mal, y si dejaba que aquel hombre traspasara sus defensas, sería peor aún.

—No, no he nadado nunca de noche.

—Muy mal —respondió él con pena.

Ella de pronto se preguntó si sus escapadas de noche habrían incluido bañador.

Otra cosa que ella no había hecho: bañarse desnuda. ¡Y jamás haría, si tenía una pizca de respeto por sí misma!

Daba igual que la imagen de la seda cálida del agua en su piel desnuda hubiera desatado un deseo en ella que era tan peligroso como primitivo.

—Aunque me encanta nadar —agregó ella—. Siempre teníamos una piscina.

—Ah, una piscina —comentó Ben, como si aquello sonara demasiado ñoño.

—¿No te podrías haber quedado a vivir allí, en Hawai?

—Supongo que sí.

—Entonces, ¿por qué no lo hiciste?

—Me he criado aquí. Mi hermana estaba aquí —dijo el suavemente—. Y Kyle también.

Ella vio un movimiento y se dio cuenta de que Kyle había estado todo el tiempo cerca de ellos, escuchando.

Había escuchado todo. ¿Cómo no se había dado cuenta ella de que el niño estaba allí?

Sus ojos se encontraron con los del niño.

—¡Kyle! ¡Estás aquí! Hemos venido aquí con la esperanza de encontrarte.

Ella deseó no haber hablado demasiado pronto y haberlo espantado.

Kyle se puso de pie torpemente y caminó por el terreno fangoso hacia ellos.

Lo que era un alivio. No sólo porque estaba sano y salvo y lo habían encontrado, sino porque no tenía que intentar contarle algo interesante sobre su vida a su tío.

Ben se puso de pie. Kyle fue hacia ellos sin titubear. Beth notó que estaba aliviado por haber sido encontrado, y aliviado de que su tío no estuviera enfadado con él.

Kyle había oído a su tío, y de algún modo su tío había dicho lo que tenía que decir, exactamente lo que aquella criatura quería oír.

Que alguien había vuelto por él.

Observándolo mirar a su sobrino, ella comprendió que Ben Anderson era un hombre que sabía instintivamente cómo debía hacerse un trabajo y, más importante aún, cómo hacer lo correcto. Él era un hombre que confiaba en sus instintos. Se había apoyado en ellos para sobrevivir, y para la supervivencia de sus compañeros.

Si había un niño que necesitaba aquello, era Kyle Y si una mujer necesitaba aquello, era ella, se atrevió a pensar por un segundo Beth.

Pero no debía engañarse. Se había equivocado una vez, y había llegado a la conclusión de que era mejor entregar su amor a los niños que estaban con ella año tras año.

De pronto se imaginó con canas y corrigiendo deberes con un gato en su regazo, y se alarmó. Luego apartó ese pensamiento y se puso de pie de repente. La humedad había atravesado la chaqueta de Ben.

—Bueno, niño encontrado, emergencia terminada. Adiós —dijo de forma nada profesional ella, reprimiéndose las ganas de limpiarse el trasero.

Tenía que hablar con Kyle. Tenía que haber consecuencias por meter un sapo en su escritorio. Por pronunciar aquella amenaza a Casper. Por salir corriendo del colegio.

Pero tocó el pelo de Kyle y cometió el error de mirar a su tío una vez más. Él la estaba mirando con aquellos risueños ojos verdes y esa boca burlona. Y ella se alejó de él y no miró atrás. Porque sabía que se reiría más todavía al ver cómo llevaba la falda.

Ella no podía manejar aquella situación. Él era demasiado buen mozo, demasiado

bueno con sus instintos, demasiado encantador, hasta demasiado poético.

El mundo de ella era seguro, y un hombre como él lo pondría en peligro.

—¡Eh, Beth! —la llamó Ben.

Ella se dio la vuelta, reacia, pensando en decirle que se llamaba señorita Maple, sobre todo delante del niño. Pero no pudo.

De algún modo habían pasado esa fase, sin el permiso de ella, cuando él le había hablado de nadar en el cálido Océano Pacífico con las estrellas.

Esperaba que él no le recordase a ella sus responsabilidades, que ellos tenían que ver qué hacían con Kyle.

—Deberías darte un baño de espuma cuando vuelvas a tu casa. Te quitará el frío.

Ben parecía volver a leerle el pensamiento. Como si se hubiera dado cuenta de que toda la historia del baño bajo las estrellas había estimulado algo dentro de ella.

Beth se dio la vuelta tan rápidamente que casi se cayó.

Oyó la risa de Ben por detrás, pero ella no se dio la vuelta.

Capítulo 3

El diario secreto de Kyle O. Anderson

Oye, la gente es tonta, hasta la señorita Maple, que hasta ayer me parecía una de las personas más inteligentes.

Estaba esperándome cuando llegué al colegio. Me cayó el sermón sobre cosas que se dicen que pueden ser malinterpretadas.

¿Es tan difícil imaginarse que un niño que protege a un sapo no será capaz de quemar un colegio?

Buf. Sólo dije eso porque lo había leído la noche antes en La historia de Khan. Genghis Khan solía rodear una ciudad, y luego les daba la oportunidad de rendirse. Si no se rendían, quemaba todo, hasta que por las calles corría la grasa derretida de los cuerpos.

Hasta Casper, que es realmente tonto, lo comprendió. La señorita Maple es tonta de un modo diferente a Casper.

No sólo porque pensara que yo podría quemar la escuela, sino por la mirada que puso cuando dejó a mi tío.

No hay duda de cómo debe interpretársela. Estaba toda colorada y apurada.

Y él hablándole de un baño de espuma. Y tampoco se me ha escapado que mi tío ha progresado y la llama por su nombre de pila.

Yo esperaba que la historia del sapo le advirtiera a la señorita Maple que se alejara de nosotros, pero fue al revés.

Ella y el tío Ben terminaron en el estanque de Migg juntos. Está lleno de barro y de mosquitos, pero ellos estaban conversando tan relajados como si estuvieran tomando una copa de vino en una cena en un hotel de cinco estrellas.

Yo no sabía que mi tío Ben había vuelto aquí por mi mamá y por mí, aunque podría ser una mentira. Apuesto a que él sabe exactamente cómo hacerse un lugar en el corazón de alguien tan tonta como la señorita Maple.

Si se juntan, seguro que a mi me mandan a otro sitio. Nadie quiere a un niño de once años cuando está empezando una relación, te lo digo yo. He pasado por varias experiencias parecidas. Con Larry, con Barry...

El sapo era patético. Bueno, no totalmente patético porque todavía lo tengo. No es una gran mascota, como un perro o un caballo, pero cuando llegué al estanque no pude dejarlo ir. El tiempo está más frío y no sé bien qué hace un sapo cuando viene el frío. No quiero que se muera. ¿Adonde va a ir cuando se muera? No sé si al cielo, aun si lo hay. No sé si dejan entrar a los sapos. No sé tampoco si dejarán entrar a mi mamá. Ella nunca ha ido a la iglesia, y jura mucho.

La señorita Maple tiene el coche más estúpido que pueda existir. Tiene como cien años. Es rojo y descapotable. A ella le encanta ese coche. Se nota en cómo lo cuida y cómo lo conduce.

Supongo que si quiero realmente que ella me odie, podría hacerle algo a su coche. Y si pudiera hacerle creer que lo ha hecho mi tío, mejor.

Pero será mejor pensármelo. Si mi tío se entera de que le he hecho algo tan malo a «Beth», probablemente me quite el sapo. Y no sé cómo tratará a un sapo una persona que ha matado a gente con sus manos.

Espero no tener que hacerle nada al coche de la señorita Maple. Esa será mi última carta. Y no por Kermit. No soy tan tonto como para encariñarme con un sapo.

Espero no tener que hacerla odiarme tanto.

Aquello iba bien, pensó Ben al ver la llamada en su teléfono móvil. La señorita Beth Maple lo estaba llamando otra vez. Dos llamadas en dos días.

Aunque tal vez la del día anterior no contaba, puesto que su sobrino había desaparecido. Ella estaba obligada a llamarlo por algo así.

Pero ni ella podía tener dos emergencias en dos días.

Él esperaba que ella lo llamase por el baño de espuma. Aunque la sola idea le daba risa, porque no era una situación en la que hubiera podido imaginársela. Aunque habría estado bien que ella se hubiera descontrolado un poco por él, pensó.

Porque debajo de aquella persona rígida que parecía a simple vista le daba la impresión de que se ocultaba alguien a quien nadie hubiera ayudado a liberar sus secretos.

Pensó en la línea de sus labios. Se preguntó cómo sería probarlos. Y entonces descubrió que era él quien se sentía un poco turbado, como si se pusiera colorado. Lo que era imposible. Nadie que hubiera estado en los marines ocho años se podía poner colorado. A no ser que lo que ella tuviera, inocencia, fuera contagioso.

¿Y por qué eso lo hacía sentirse triste, como si un hombre no pudiera volver a lo que había sido antes?

La verdad era que Ben Anderson ya había tenido suficientes experiencias duras, demasiado dolor: sus padres habían muerto en un accidente de coche cuando era joven, había perdido a su hermana mucho antes de que un médico le dijera que Carly se iba a morir, había enterrado a hombres de los que se había sentido hermano...

Jamás podría ser lo que había sido antes. No podía volver al hombre sin defensas, abierto a la vida.

Hacía mucho tiempo, recordaba haber sido un niño de la edad de Kyle, terminar todos sus días con un «Te quiero» a sus padres.

No podía volver a ser aquél.

A su mente acudió un recuerdo: su madre subiéndose al coche y formando con la boca las palabras «Te quiero» en silencio, porque a los diecisiete años él no quería que las publicase calle abajo.

Ben no había oído aquellas palabras desde entonces.

¿Era una locura verlas como algo ligado al desastre, a la pérdida?

Él no se consideraba un hombre supersticioso, pero en aquello sí lo era.

—Hola —dijo Ben cuando contestó el teléfono.

—Ha habido problemas nuevamente en el colegio hoy —dijo ella—. Kyle ha puesto pegamento en la silla de Casper durante el recreo. No del tipo que usamos en los trabajos del colegio. Nunca he visto ese tipo de pegamento.

Ben lo adivinó: pegamento para construcciones. Y se sintió decepcionado porque ella no lo hubiera llamado para algo más personal.

—Casper se quedó pegado a la silla. Y luego sintió pánico y se despegó tirando de los pantalones —hubo un sonido sofocado en el teléfono.

—¿Te estás riendo? —preguntó él.

—No.

—Yo creo que sí.

Hubo un silencio seguido de un ronquido, y luego otro, sofocado.

—Ah —dijo él.

Podía imaginársela al otro lado del teléfono, tratando desesperadamente de desempeñar el papel de profesora estricta.

A él le hubiera gustado estar allí para ver el brillo de sus ojos. Apostaba a que su nariz se fruncía mientras se reía.

—Tiene que haber consecuencias. Y no puede imaginar que yo me pude reír.

—Oh —le tomó el pelo él—. Es un secreto entre nosotros. Esto es mejor de lo que esperaba.

—Si pudieras ser maduro, he pensado que podríamos hablar acerca de las consecuencias juntos —dijo ella con la voz de maestra de quinto curso nuevamente.

—Siempre he pensado que la madurez era una buena forma de quitarle toda la diversión a la vida, pero lo intentaré, sólo por ti.

—¡Espero que no le hayas sugerido lo del pegamento tú!

Podría haber sido así, pero su relación con Kyle no había progresado como para llegar a un punto en que pudieran compartir ideas en relación al chulito de la clase.

De todos modos él pensó que no le interesaba compartir aquello con la señorita Maple.

—Tenemos que actuar conjuntamente —dijo ella con firmeza.

—Los adultos contra los niños. Comprendido —respondió Ben.

—Yo no lo veo así, como si fuera una guerra.

—¿Un partido de fútbol entonces?

—No se trata de ganar o perder. Se trata de encontrar algo que motive a Kyle. La clase tiene una excursión para ir a nadar. Sugiero que no se le permita ir a Kyle. Espero que eso no sea demasiado duro.

—Se lo merece. Se lo haré saber.

—Gracias —luego ella agregó dudando—: ¿No le dirás...?

—¿Que te has reído? No. Me lo guardaré para mí. Lo conservaré como un tesoro. Es algo que un niño de quinto curso no necesita saber sobre su profesora.

—Gracias por tu cooperación —dijo ella formalmente, y colgó.

Ben fue a buscar a Kyle. No tuvo que mirar muy lejos, porque Kyle estaba en su habitación, con la música a todo volumen. Estaba intentando que su sapo comiera moscas muertas.

—La señorita Maple acaba de llamar. Me he enterado de lo que le hiciste a Casper.

—No pueden probar que fui yo.

—Sí, bueno, no vas a ir a la excursión a nadar por ello.

—¡Bah! —dijo Kyle poco sinceramente.

A Ben le pareció que el niño no veía aquello como un castigo, sino como un alivio.

Kyle siguió alimentando a su sapo. Sacó la lengua y la mosca desapareció.

—¡Guau! —exclamó Kyle—. ¿A que ha estado bien?

Ben pensó que era la primera vez que veía a su sobrino feliz.

Y sintió ganas de llamar a la señorita Maple para contárselo. Lo que era ridículo. Como lo era que quisiera volver a oír su risa.

—¿Quieres que vayamos a tomar un helado? —le preguntó a Kyle.

Inmediatamente se dio cuenta de que tal vez no debería haber sugerido al niño ir a tomar un helado. Si el castigo de la excursión no le había valido, tal vez le sirviera no comer helados por un tiempo.

—¿Se le rompieron los pantalones? —le preguntó a Kyle mientras caminaban hacia la mejor heladería de Cranberry Corners.

—Sí. Y tenía calzoncillos azules con dibujos de vaqueros.

—Oh, ropa interior de bebé —comentó Ben.

Y entonces Ben y su sobrino se rieron.

Y él no habría cambiado aquel momento por ninguno del mundo.

Ella llamó por teléfono a la noche siguiente.

—Creo que a Kyle le molestó mucho no poder ir a la excursión de natación —le dijo Beth a Ben—. Todos los niños estuvieron hablando de ello todo el día, sobre todo Casper. Y Kyle se quedó al margen.

Ben recordó el grito de alegría de Kyle cuando se lo había comentado.

—Ni siquiera intentó hacer lo que se le pedía a la clase. Pero hay que tener cuidado con los castigos. El castigarlo simplemente lo va a hacer sentir mal. También hay que recompensarlo cuando hace algo bien.

—Mira, lo único que hace aquí es alimentar a su sapo. No puedo recompensarlo por ello.

—Creo que recompensarlo por hacerse responsable de su mascota podría ser positivo.

—De acuerdo. Lo voy a llevar a tomar un helado —Ben dudó un momento—.

¿Quieres venir?

Ella dudó también.

—No debería.

—¿Por qué no? Estamos en el mismo equipo, ¿no? Apuesto a que te gusta la vainilla.

—Eso me hace parecer un poco aburrida.

—Sorpréndeme, entonces.

Y ella lo sorprendió.

Yendo con ellos. Y en su bicicleta, con el pelo suelto, sorprendentemente largo, y sus mejillas rojas por el esfuerzo.

—No sabía que las maestras usaban *shorts* —dijo Kyle, quien la vio primero. Luego frunció el ceño—. Eso debería ir contra la ley.

Ben estuvo de acuerdo. Aunque los *shorts* de Beth podían considerarse muy conservadores, por encima de la rodilla, ¡sus piernas podían causar accidentes de tráfico! Eran absolutamente *sexys*.

—¿Qué está haciendo la señorita Maple aquí? —preguntó Kyle cuando la vio ir hacia ellos.

—Va a tomar un helado con nosotros.

—Oh. Tú la has invitado —Kyle no pareció contento.

No pareció complacido en absoluto. Pero ¿qué niño de once años se sentiría contento de ir a tomar un helado con su maestra?

Beth no le dejó a Ben pedir su helado ni pagarlo. Pero él no le perdió ojo.

Cuando Beth se acercó a la pequeña mesa de fuera a la que estaban sentados ellos, apareció con una extraña mezcla de naranja y algo negro.

—Tigre —le dijo a Ben.

Y le demostró que podía más que sorprenderlo. ¿Y quién hubiera pensado que mirar a una profesora de quinto curso tomar un helado podía ser una de las experiencias más sensuales?

Cuando se le cayó una gota en el muslo, Ben pensó que todo el helado del mundo no sería suficiente para enfriar el calor que sintió él por dentro. Ben se puso de pie, miró su reloj y dijo:

—Kyle y yo debemos marcharnos. Tiene que hacer los deberes.

Ella debería haberse alegrado de ver que era tan responsable, pero a él le dio la impresión de que estaba molesta, incluso irritada. Ben no la culpaba. Él la había invitado a tomar un helado y luego la dejaba sola.

Pero ella jamás sabría lo noble que había sido su marcha. Lo había hecho para protección de ambos.

Kyle pareció enfadado con él también. Cuando Ben le habló de los deberes, el niño le dijo:

—Yo no hago deberes.

—Entonces vas a suspender el quinto curso —dijo Ben sin pensar en una

consecuencia más inteligente de acuerdo al plan de la señorita Maple.

Ben Anderson deseó que su vida volviera a ser lo que había sido poco tiempo atrás. Cenas congeladas, noches con los amigotes. Un gimnasio en casa en la habitación de sobra.

Y al mismo tiempo, él echó de menos que ella lo llamase la noche siguiente, y la siguiente.

Aquello significaba que el plan estaba funcionando o que ella se estaba dando por vencida.

O que el hecho de que él hubiera empezado a mezclar su vida profesional con su vida personal la había dejado tan confusa como a él. Él dudaba que ella lo hubiera perdonado por dejarla sola tomándose su «tigre» en la heladería. Ahora ella habría decidido no volver a llamarlo salvo que Kyle hiciera algo tremendo.

¿Debería llamarla? ¿Y contarle que él recompensaba a Kyle todas las noches por alimentar a su sapo?

Pero la recompensa era un helado. Y él no creía que fuera bueno nombrar los helados delante de Beth.

Además, después de aquel comentario acerca de la ropa interior de Casper durante el cual habían compartido cierta camaradería, Kyle había vuelto al silencio enfurruñado.

Una semana después de inventarse excusas para llamarla, y de rechazarlas una a una por estúpidas, la decisión fue arrebatada de sus manos.

Apareció el número de teléfono del colegio en su teléfono móvil. Él sabía que podía ser cualquiera. El director, la secretaria, el mismo Kyle.

Pero él esperaba que fuera Beth.

Tuvo que alejar el auricular.

Kyle tenía razón acerca de su voz chillona cuando se enfadaba. ¡Y ella estaba muy enfadada!

Finalmente ella hizo una pausa para tomar aliento, y el sonido de hipo le hizo preguntarse a él si estaría llorando. No le gustaría imaginarse a Beth Maple llorando.

—A ver si te he comprendido... ¿Quieres decir que mientras ibais con la clase a nadar, alguien agarró un clavo y escribió con él el nombre de mi empresa en tu coche? ¿Me estás tomando el pelo?

No sabía por qué se lo había dicho, porque era evidente que ella no estaba bromeando.

—Iré en cuanto pueda —agregó luego Ben, y colgó.

Él se dijo que no estaba bien alegrarse de que aquello le permitiera volver a verla. Sobre todo porque una mujer como aquélla podía complicarle la vida.

¡Y ya tenía bastante complicación con un niño de once años que había arañado un coche con un clavo!

Pero desde que la había visto iluminarse cuando él le había hablado de nadar en la oscuridad había deseado volver a verla poner aquella cara. Y tal vez fuera eso lo que

buscaba simplemente. Verla nuevamente así.

Era un desafío para él.

Pero se recordó que el gran desafío para él en aquel momento era la persona que había cometido un acto vandálico con un coche.

Kyle se había pasado. Era una traición a una maestra que sólo le hacía el bien.

El coche de Beth Maple era lo más mono que él había visto en mucho tiempo. Un Volkswagen de mil novecientos sesenta y cuatro totalmente restaurado. Un escarabajo descapotable de color rojo. El coche era más o menos como ella: dulce y comedida, con el elemento sorpresa del color rojo, y el detalle *sexy* de la capota.

Lamentablemente, ahora el coche estaba estropeado. En la puerta del conductor habían grabado *Garden of Wedding*, el nombre mal escrito del negocio de Ben.

—Hay más —dijo ella.

Y le señaló algo del lado del pasajero. En letras más pequeñas, aparecía: *Da pena ser tú*.

Ben miró a Beth Maple nuevamente. La profesora estaba pálida y con cara de disgusto, como si estuviera a punto de llorar.

Que era algo que Ben no quería ver. Porque eso le haría sentirse grande, fuerte y protector. Y él no quería sentirse así. No era el candidato adecuado para rescatar a una dama en apuros.

Y la forma en que un hombre reaccionaba frente a las lágrimas era la implicación emocional, y por más que a él le atrajera la maestra de escuela, no quería más que un juego en el que se despediría con un beso y sin resentimiento cuando se hubiera acabado.

Él no quería jugar al juego que terminaba con un vestido blanco, por más que la visión pudiera ser muy bonita.

Él la miró y se preguntó cuándo había empezado a ser tan imaginativo. Ese día ella llevaba un suéter blanco, una falda negra y una blusa color lavanda con encaje.

No era un conjunto que pudiera hacer pensar a un hombre en boda o en virginidad. ¿Sería virgen?

Una cosa estaba clara: ella había vivido una vida muy resguardada.

¿Por qué tenía aquellos pensamientos?

Beth tenía aun el pelo húmedo de la excusión de la clase, y él se preguntó qué se habría puesto en la piscina. Un bañador de una pieza, estaba seguro. Con *shorts* a juego, que probablemente no se hubiera quitado. No era lo que ella usaría en un baño a medianoche con él.

Él tuvo el repentino y turbador pensamiento de que tal vez no estuviera bien jugar con la señorita Maple. Ella no era el tipo de mujer que pudiera comprender sus reglas. Aquel pensamiento fue turbador porque él no pensaba cosas así. Ella era una adulta. Él era un adulto.

¿No podían jugar un poco y ver adonde los llevaba el juego?

«No», oyó un susurro. ¿Sería su conciencia?

O tal vez sus instintos de solterón, advirtiéndolo contra las mujeres que podían hacerle pensar en bodas y vírgenes.

Era gracioso que de todas las mujeres con las que había salido, la menos amenazante, y ciertamente la menos *sexy*, era la que lo hacía sentirse a la defensiva. Porque ella tenía un aspecto *sexy* diferente que le iba horadando poco a poco, en lugar de aquél que le daba un golpe de una vez.

Él la volvió a mirar.

No, no era *sexy*.

Tenía un atractivo sensualmente virginal que le ponía la sangre a cien, si lo dejaba. Pero no iba a permitirlo.

Dirigió su mirada a su sobrino.

Kyle estaba a un lado del coche también, mirando a la distancia, como si todo aquello no tuviera nada que ver con él. Estaba pálido, le pareció a Ben. Se encontró con los ojos acusadores de su tío sin mostrar el más mínimo remordimiento.

Pero tampoco lo miró con beligerancia. Sorprendentemente, su mirada le recordó a aquélla de los jóvenes soldados aterrados por tener que hacer algo que odiaban pero que tenían que hacer de todos modos.

Entre las casi lágrimas de Beth y la actitud de Kyle, Ben se sintió descorazonado.

—Yo amo este coche —dijo Beth con tristeza.

Y Ben supo que era verdad al verla acariciar la pintura rayada con dedos temblorosos.

Y se dio cuenta de que le habían hecho un daño profundo.

Un hombre alérgico al amor debería haberse alegrado de su amor por un coche, pero ¿por qué le pareció un desperdicio su amor por una cosa de metal con piezas dentro?

¿Por qué una mujer como ella amaba algo así?

Porque así estaba a salvo.

La volvió a mirar.

En aquel momento de vulnerabilidad pensó que seguramente le habrían hecho daño. Le habrían roto el corazón.

Habría resultado herida.

—No comprendo —dijo Beth a Kyle, tratando de guardar la compostura—. ¿Por qué me haces esto? Yo he sido buena contigo, ¿no?

Kyle no la miró.

—¿Qué le hace pensar que lo he hecho yo? —Kyle intentó hablar con indiferencia, pero le tembló la voz—. ¿Va a pedir una prueba de ADN de una pintura rayada? Podría haber sido Casper. Me odia.

Beth pareció dudar.

Pero Ben no iba a dejar que su solidaridad con la dura vida de Kyle le nublará su reacción ante aquello. Se trataba de vandalismo, y daba igual lo que lo hubiera causado. No podía ser tolerado ni pasado por alto.

Aquel niño le había sido confiado y él tenía que ocuparse de él.

Habían intentado llevar a cabo el plan de Beth pero ya no tenían tiempo de seguir con un experimento.

El daño que Kyle había causado al coche de Beth era un paso en el camino equivocado para Kyle. Si Ben no paraba aquello, sería cada vez peor. Recordó a Carly, y le pareció haber vivido ya todo aquello.

—¡Kyle, basta ya! ¡Sé que has sido tú! —exclamó Ben.

Beth lo miró como si fuera a protestar porque no tenían ninguna prueba, pero Ben la acalló con la mirada.

—No sé por qué lo has hecho, y no quiero oír excusas por lo inexcusable. Sé que la señorita Maple no se lo merece. Ni yo tampoco. Sé un hombre.

Aquellas últimas palabras de «Sé un hombre» hicieron efecto en Kyle.

Ben vio que las registraba en sus ojos. Se le pedía que fuera más, y no menos.

Era un momento crucial. Todo iba a ir peor si Kyle tomaba la decisión equivocada en aquel momento.

Pero no lo hizo.

Después de una breve lucha interna, se volvió a su maestra y dijo con voz temblorosa:

—Lo siento.

—Pero... ¿por qué? —preguntó ella con voz temblorosa también.

Kyle se encogió de hombros, jugó con el pie en el suelo y miró a su tío con una mirada tan transparente y suplicante que a Ben casi se le rompe el corazón.

«Quiéreme, sea como sea. Por favor», pareció decirle Kyle.

Y Ben lo haría. Pero no podía equivocarse en aquel momento, porque eso destruiría la vida de Kyle.

Era gracioso, porque él era alérgico a la palabra «amor». Pero cuando miraba a su sobrino, tan pequeño, tan frágil, tan necesitado de cuidado, sabía que eso era lo que sentía por él.

Y que no podía expresarlo de un modo que pudiera tomarse como debilidad. Kyle necesitaba autoridad y una guía. Una guía fuerte, implacable.

Ben se cruzó de brazos.

—Tú has hecho este desastre. Y serás tú quien lo arregle.

—No sé cómo —dijo Kyle.

—Bueno, yo sí. Aquí hay un problema que supone alrededor de mil dólares de daños. ¿Tienes mil dólares?

—No tengo dinero. Ni siquiera tengo la paga de la semana porque no saqué la basura.

—¿Tienes algo que valga mil dólares?

—No —susurró Kyle.

Aquello era parte del problema. Su sobrino era un niño que veía que no tenía nada de valor. Y probablemente no tuviera lo que los otros chicos de su clase tuvieran y

que daban por hecho. No había habido televisión para él, ni ropa de marca. Ben le había comprado una bonita bicicleta una vez, y al parecer había desaparecido en las sombras de esa oscura vida que vivía su madre antes incluso de que Kyle llegase a montarla.

—Supongo que la señorita Maple tendrá que llamar al seguro —dijo Ben—. Necesitarán un informe de la policía.

Beth y Kyle exclamaron.

—A no ser que se te ocurra algo que tengas de valor.

Kyle hundió los hombros, abatido. Beth parecía querer preguntarle si se había vuelto loco.

¿No lo comprendía? Kyle se merecía tener miedo. Necesitaba tener miedo.

Ben observó al niño en su angustia. Y lo dejó sufrir hasta que le tiró la cuerda salvadora.

—Tal vez tengas algo de valor —dijo.

—¿Sí?

—Tienes la habilidad de sudar. Y quizás podamos convencer a la señorita Maple de que hagas algo para ella a cambio de lo que le debes. Pero ella tendrá que estar de acuerdo. ¿Qué opina usted, señorita Maple?

—Oh —dijo ella, sorprendida—. No tiene idea del desastre que es mi jardín. Compré la casa el año pasado, y es...

Ella se interrumpió bruscamente, pero Ben lo noto. La casa era como el coche. Un amor seguro. Comprada para llenar su vida y librarse de que le rompieran el corazón.

Se le notaba en la sombra de sus ojos.

—¿Y quieres hacer el trabajo, Kyle?

Kyle todavía parecía sorprendido por el hecho de tener algo de valor.

—Sí —dijo rápidamente. Y luego, como si su rápida respuesta pudiera ser tomada por entusiasmo, se encogió de hombros y agregó—: Supongo.

—Nada de supongo: Sí o no.

—Sí.

—Así se hace.

Y aunque le hubiera gustado disimularlo, Kyle no pudo evitar que se le notara que se sentía halagado por el cumplido.

Una hora más tarde, aparcaron frente a la casa de la señorita Beth Maple. Aunque el pequeño coche rojo no hubiera estado aparcado frente a ella, Ben hubiera adivinado que era su casa. Parecía la casa de Blancanieves.

Era el tipo de sitio elegido por una mujer para vivir sola, para crear su espacio, cálido y a salvo, con buen gusto femenino y muebles blancos.

—Parece una casa de muñecas —dijo Kyle.

Era una casa arreglada, pintada de amarillo pálido, con las terminaciones de las ventanas pintadas de azul. Tenía cortinas de encaje.

No era la casa de una mujer con la que pudiera tener una aventura pasajera

durante un par de semanas meses y luego decirle adiós sin herir los sentimientos de cualquiera de los dos.

No, la casa era la de una mujer que quería estabilidad, una vida segura, un mundo en el que pudiera confiar.

El jardín estaba muy descuidado.

Beth Maple apareció por la puerta.

Ella había llegado antes que ellos y había tenido tiempo de cambiarse. Estaba descalza, y llevaba unos pantalones de lona, arremangados hasta las rodillas. Eran tan *sexys* como los *shorts* con los que había aparecido el día de la heladería, aunque no mostrase nada.

Pero la imaginación era algo muy poderoso.

La camiseta apenas cubría su estómago. Si le pedía que le mostrase algo, si la hacía estirarse, podría ver su ombligo.

¿Y para qué iba a hacerlo, si ya había decidido que no iba a jugar con ella?

—Es horrible, lo sé —dijo ella mirando el jardín—. He comprado la propiedad hace sólo un año. ¡Había que hacer tantas cosas dentro! Los suelos, las ventanas, problemas de fontanería... —terminó diciendo con una voz que denotaba incomodidad.

Ben vio que ella era perfeccionista. A ella no le gustaba mostrar una parte de su mundo que no era perfecta, que no estaba controlada.

—Mil dólares no es mucho.

Pero Ben estaba decidido a que Kyle comprendiera el valor de mil dólares, y el precio que había que pagar cuando se metía con las cosas de otro.

Y trabajar en la casa de la señorita Maple sería un precio relativamente pequeño comparado con lo habría podido ser si ella hubiera llamado a la policía.

—Te sorprenderá saber lo que pueden arreglar mil dólares —respondió Ben, y miró a Kyle, que se hallaba distraído mirando un enorme arce que estaba a punto de cambiar de color.

A Ben le recordó el árbol que tenía en su clase.

Su sobrino de pronto se subió al tronco con dificultad y se internó en sus ramas.

A Ben le gustó ver a Kyle hacer algo tan sencillo y típico de un niño.

Beth observó a Kyle un momento también. Pero él no pudo interpretar su mirada.

—¿Qué deberíamos arreglar? —preguntó ella bruscamente—. ¿La barandilla de las escaleras del frente? ¿La hierba?

De repente, Ben interpretó la mirada de Beth. Era melancolía.

¡Ella quería trepar a aquel árbol! Ser impulsiva y libre, trepar alto, esconderse detrás de las ramas, mirar el mundo desde un lugar secreto.

¿Sería su afecto por el árbol el motivo por el que lo había reproducido en su aula?

¿Se daría cuenta de sus propios deseos ella?

—¿Cómo quieres que este jardín te haga sentir? —preguntó Ben.

—Guau. ¿Puedes hacerme sentir algo por mil dólares? —exclamó Beth.

Por alguna razón, él le miró los labios. Él podía hacerle sentir algo gratis. Pero no iba a hacerlo.

—Puedo intentarlo.

—De acuerdo —dijo ella, desafiante, como si él hubiera pedido más de lo que hubiera negociado—. Quiero la sensación de un día de verano. De un buen libro. De una hamaca en la sombra. De un vaso de limonada helada. Quiero sentirme perezosa y relajada. Bajo mantenimiento. Nada de lujos.

Pero ella debía de ser así. No debía de necesitar joyas ni los mejores regalos para ser feliz.

Una manta para un picnic. Una cesta con pollo asado, una botella de alguna bebida burbujeante, no necesariamente vino.

¿Por qué Beth Maple le hacía aquello? ¿Conjurar imágenes en su mente en las que prefería no pensar?

—Ahora mucha gente convierte su jardín en su lugar de entretenimiento. Los espacios al aire libre se convierten en habitaciones al aire libre: hacen cocinas con fregaderos y frigoríficos, barbacoas y bares. Las estructuras duras son mi especialidad. La semana pasada hice una chimenea exterior, cubierta de cobre, y un patio donde se podía recibir a cuarenta o cincuenta personas.

—¿Estructuras duras? —preguntó ella—. No he oído nunca ese término.

—Significa todas las partes permanentes del jardín: senderos, patios, jardines de invierno, estanques... Básicamente, cualquier cosa que se haga con madera, cemento, ladrillo o piedra. Tengo otra gente que se dedica a las zonas verdes y a los muebles resistentes a las inclemencias del tiempo, alfombras para espacios al aire libre...

—Evidentemente eso no cuesta mil dólares.

—Si no hubiera presupuesto, ¿qué harías? No hace falta hacerlo todo de una vez. Se puede hacer por partes. Y un buen jardín es un proyecto para toda la vida.

Ella se cruzó de brazos.

—Sólo el plan para el jardín probablemente vale más de lo que me debe Kyle.

—Bueno, si tú no se lo dices, yo no se lo diré. Él no puede darte nada ahora, excepto su capacidad de trabajar. Si le arrebató eso, se quedará sin nada.

Ella asintió, una especie de renuncia. Y acuerdo, evidentemente.

—Quiero que tenga ampollas en las manos de trabajar en el jardín —dijo Ben.

—No voy a aceptar caridad de tu parte —dijo ella, cabeza gacha.

—Y no te estoy ofreciendo caridad. Tú querías un plan para mi sobrino, y el tuyo, hasta ahora, no ha funcionado. Ahora me toca a mí. Tiene que haber un precio por lo que le hizo a tu coche, y tiene que ser sustancial. No más recompensas por cuidar a su sapo.

—¿Cuánto tiempo lo vas a hacer trabajar para mí?

—Con suerte, hasta que tenga dieciocho años —dijo Ben—. Así que dime cómo quieres pasar el tiempo en tu jardín.

—Si te digo la verdad, todo eso de la cocina afuera y la chimenea, no es para mí.

Quiero decir, suena estupendo, estoy segura de que haces maravillosas cosas para la gente, pero a mí me gustan las cosas sencillas. Una hamaca. Una limonada. Un libro. Me gustaría un lugar en el que sintiera la paz. Donde pudieras tumbarte con un libro en una tarde calurosa y oír el ruido del agua y los pájaros cantando... Y ver mariposas cada vez que alzas la cabeza.

Era increíble lo fácil que era ver el alma de la gente a través de cosas tan sencillas. En un mundo lleno de materialismo y de consumo, ella era feliz con cosas que el dinero no podía comprar.

El milagro de las mariposas, el canto de los pájaros, el sonido del agua.

Se imaginó sus pies desnudos en la hierba y sintió un deseo tan intenso que lo encegueció. Se estaba poniendo enfermo. Ella ya ni siquiera tenía que comer helado para provocarle deseo.

La vio mirar a Kyle en el árbol nuevamente y de pronto le pareció ver algo en su mirada.

—¿Qué te parece una casa en un árbol? —se le ocurrió preguntar a Ben.

—¿Una casa en un árbol?

—No una casa en un árbol para un niño —dijo él—. Un refugio para un adulto. Yo podría construir una escalera que rodeara el árbol y que diera a una plataforma en las ramas. Podríamos poner, una hamaca allí arriba, y una mesa para poner la limonada.

Él pensó que le construiría un lugar donde los pájaros pudieran cantar dulcemente, tan cerca de ella que los pudiera tocar. Pondría flores que atrajeran a las mariposas, y debajo del árbol una pequeña fuente para que ella pudiera oír el ruido del agua desde la hamaca.

—Eso parece mucho —protestó débilmente Beth, mirando el árbol con fascinación, como si empezara a ver la posibilidad.

Cualquiera que la hubiera visto en la escuela, toda recatada y cuidada, no hubiera podido imaginar cómo se le encendían los ojos al imaginar su propia casa en un árbol.

Pero él siempre había pensado que ella tenía un lado secreto. El árbol de su clase había guardado las semillas de aquel momento.

—Lo haremos poco a poco.

Así podría dejar el proyecto en cualquier momento, si lo necesitaba.

Pero sabía que no lo dejaría hasta ver aquella luz en sus ojos.

Y de pronto se oyó comprometerse un poco más diciendo:

—Vendremos todos los días durante dos semanas, después del colegio. Veremos si ha aprendido para entonces lo que tiene que aprender.

Ella lo miró.

—Hay muchos modos de ser maestro, ¿no, Ben? —preguntó ella suavemente, como si admitiese algo acerca de él.

—Gracias —respondió él—. Estaremos aquí mañana después del colegio —se

giró y llamó a su sobrino. El niño bajó del árbol.

—Vamos a construirle a la señorita Maple una casa en un árbol.

—¿Una casa en un árbol? —preguntó el niño bajando sus defensas—. Alucinante.

—Alucinante —repitió ella.

Kyle sonrió sinceramente. Aquél era el verdadero Kyle, pensó Ben. Pero el niño enseguida se volvió a esconder detrás de su máscara. Hay muchos modos de ser maestro. En sus palabras parecía haber visto ella al hombre que él podía ser, como si ella hubiera visto el corazón que él mantenía invisible, inaccesible, intocable, detrás de su armadura.

Él podía enseñarle a ella un par de cosas también, pensó.

Pero no iba a hacerlo.

Capítulo 4

Beth Maple estaba al lado de la encimera de la cocina oyendo el ruido de martillos en su jardín. Y pensó en cómo su vida estructurada y controlada se le había ido de las manos.

—Tío Ben, ¿no has oído nunca hablar del cáncer de piel? Hay que ponerse sombrero, embadurnarse de crema protectora para el sol y ponerse una camiseta.

Por un momento, ella sólo registró lo tierno que era que Kyle se preocupase por su tío.

Pero luego se dio cuenta de lo que ello implicaba.

¿Ben Anderson se había quitado la camiseta? ¿En su jardín?

—Viviré peligrosamente —le gritó Ben a su sobrino.

Ella no quería espiar, pero no pudo controlarse.

Era un día fabuloso, con el sol de septiembre filtrándose por las hojas de los árboles.

Su jardín estaba peor que antes, con sprays de pintura y materiales de construcción por todas partes.

Pero tenía que admitir que aquel descontrol permitía que hubiera lugar para la sorpresa, como la que acababa de ver cuando él se había quitado la camiseta.

Toda aquella situación la llenaba de una especie de excitación prohibida, y la verdad era que ésta nada tenía que ver con el trabajo del jardín.

Ben con el torso desnudo parecía un chico de un póster. Era *sexy*, musculoso, perfecto, excitante con el brillo del sudor en el pecho. Los vaqueros, casi blancos de viejos y gastados, le quedaban algo caídos en la cadera. Su vientre era tan liso que los vaqueros estaban sujetos de cadera a cadera, creando un espacio en la cintura donde la tela no tocaba su piel.

Beth observó el movimiento del martillo, la ondulación de sus músculos. Y eso casi la mareó.

Era incómodo sentirse tan fascinada por su físico, pero él era tan real... No se extrañaba de haber estado tan encantada con su romance por Internet. ¡La presencia de un hombre real era tan turbadora!

La hacía darse cuenta de que no se conocía totalmente.

Ella no sabía que tenía aquel deseo. Ahora que sabía que lo poseía, ¿cómo volvía a lo anterior?

¿Qué haría? ¿Se resistiría a él? ¿Se entregaría a él?

Aquéel era el tercer día que Ben y Kyle estaban allí y Beth no sólo se sentía fascinada por su físico, sino por la mezcla de firmeza y cariño con que trataba a su sobrino, algo que era muy atrayente.

Se daba cuenta de que su primera impresión sobre Ben, de que era un hombre que no podía ser domesticado, había sido inexacta. Al ver su paciencia con Kyle, y el modo en que lo guiaba para que tomara sus propias decisiones, ella sabía que estaba

mirando a un hombre que sería un padre maravilloso algún día, estaba ganando confianza en aquel nuevo papel de tutor y mentor.

Era sábado, y Ben había aparecido aquella mañana, demasiado temprano, anunciando que trabajarían todo el día.

El sábado era el día que ella dormía un poco más, el día que hacía la compra, la colada, y que descansaba, y había postergado todo sin pensárselo dos veces.

Oyó el temporizador y se acercó a ver las galletas por el cristal de la puerta del horno. Mientras esperaba que se enfriasen, se debatió entre leche o limonada. La leche iría mejor con las galletas.

Eso era lo que pasaba cuando se tenía un hombre como aquél en el jardín, pensó ella, que cada decisión parecía que iba a revelar algo sobre sí misma.

Al final puso leche y limonada en la bandeja. Para confundirlo, así no revelaba nada de sí.

Ben dejó el martillo al verla acercarse. Le sonrió con aquella sonrisa *sexy* que amenazaba con desintegrarla.

Kyle, que estaba trabajando cavando algo, dejó la pala con ganas.

Ella había sabido que Ben era un hombre intuitivo. Aquel proyecto no sólo era bueno para Kyle. Se había notado en su cambio de actitud. Era como si hubiera descubierto lo que el duro trabajo podía conseguir. Se había dado cuenta de cómo él podía cambiar el aspecto del mundo en pequeñas cosas. Y la posibilidad de cambiar el mundo en grandes cosas se había abierto para él por primera vez.

Cuando Ben había desplegado el plano del jardín, había incluido a su sobrino, y le había consultado, lo había escuchado, y había demostrado respeto por sus opiniones. Y Ben había hecho lo mismo con ella.

Los tres juntos estaban construyendo algo, y en los más claros momentos ella se daba cuenta de que no era sólo una casa en un árbol.

El plan que Ben había trazado para su refugio en el árbol llenaba un vacío en ella que no había sabido que tenía. Era muy sencillo. Una escalera en espiral alrededor del tronco del árbol que nunca lo tocaba, porque a Ben le había preocupado que el árbol se mantuviera sano. La escalera conducía a una plataforma que se apoyaba sólidamente en las ramas más fuertes, pero que estaba sujeta fundamentalmente por unos postes usados muy disimuladamente.

La preocupación de Ben por el árbol la había sorprendido demostrándole nuevamente que él tenía algo más que músculo y atractivo masculino.

Ella había querido ayudar, pero sólo había conseguido sentirse poseída por una máquina que no le hacía el menor caso y cuyo movimiento parecía que le iba a arrancar la cabeza.

Entre gritos, Kyle le había pedido que parase, aunque no dejaba de reírse. Ben estaba muerto de risa también.

Al final, ella había tenido que reírse, algo de lo que se aprovechó su maléfica máquina, aterrizando en el jardín, y estropeando una parte de hierba, hasta que Ben la

agarró y la apagó, y la apartó amablemente.

—¿Señorita Maple?

—¿Sí?

—Está despedida —dijo Ben.

¿Cuándo se había reído tanto ella por última vez?

La risa la había hecho sentirse renovada y viva, y como si la vida tuviera posibilidades que ella jamás hubiera imaginado.

Posibilidades mejores incluso que el refugio del árbol.

El mundo que ella se había permitido hasta entonces de pronto le pareció muy rígido. Los sueños que había abandonado volvieron a aparecer. Todo brillaba. Pero... ¿era una ilusión de un oasis o era algo real?

El ver a Ben trabajando hacía más difícil esa distinción, y aquello la hacía perder el equilibrio.

Él estaba en su mundo real, dirigiendo camiones que llegaban a descargar materiales y cemento. Estaba al mando de aquel proyecto. Competente. Decidido. Todo trabajo, nada de tonterías cuando le mostraba a Kyle lo que debía hacer.

—Ven, Beth, mostrémosles para siempre quién hizo esto —dijo Ben.

Entonces Ben puso las manos en el cemento. Y le hizo dejar la huella de su trabajo, al lado de las suyas. Kyle agregó sus huellas, feliz, escribiendo su nombre debajo de la huella de su mano, mirando a la señorita Maple de reojo.

—¿Puedo escribir «Da asco ser tú?».

Y entonces se rieron los tres otra vez.

Aquella risa que parecía un campanario, que parecía sanar todo lo que estaba mal en el mundo, el mundo de ella.

—¿Sabías que tu nariz se frunce cuando te ríes? —le preguntó Ben solemnemente.

Ella se cubrió la nariz instintivamente.

Pero él le apartó la mano sucia de cemento.

—Es mejor que no te ensucies con eso. Es bonito cuando tu nariz hace eso.

Hasta aquel momento, ella no se había dado cuenta de que su mundo tuviera algo que tuviera que sanarse.

Pero ahora que aparecía un hombre que le decía que su nariz se fruncía cuando se reía, se daba cuenta de que el dolor había encogido su mundo y lo había vuelto seguro, pero pequeño.

Ahora sentía como si algo mágico se desplegara en su jardín, y los tres estuvieran maravillados con su encanto.

Ella había considerado poner las palabras «Da asco ser tú», porque aquella historia había empezado con aquellas palabras.

No sólo la casa del árbol.

Aquella sensación de trabajar juntos con un objetivo común, de ser parte de algo. Aquel sentimiento de las cosas pequeñas, como lavarse el cemento de las manos con

una manguera.

¿A quién quería engañar? El sentimiento era de pertenencia.

Un sentimiento de excitación. Como si su vida acabase de empezar.

Ella salió con la bandeja de comida que pondría en la mesa de picnic que una vez había sido el centro de su jardín, y vio a Ben parar de trabajar e ir hacia ella, levantándose la camiseta para enjugarse el sudor, dejando al descubierto aquel impresionante pecho, antes de cubrirselo nuevamente al bajar la prenda.

—Leche y limonada —dijo él, sonriendo, viendo el contenido de la bandeja—. Interesante.

—¿Por qué? —preguntó ella.

Debería haber sabido que no hacer una elección también era algo sujeto a una interpretación.

Él se rió.

—Quieres que todo el mundo esté contento.

—No —dijo ella dejando la bandeja—. Tú lo haces. Mira mi jardín. Mira a Kyle. Hubiera dicho «Mírame a mí».

Kyle se acercó a la mesa, con la cara sucia de trabajar, con el brillo de algo sospechosamente parecido a la felicidad, aun antes de elegir entre la leche y la limonada.

—Mirad —dijo el niño, y les mostró la mano. Tenía una ampolla en la palma.

—Oh. Es terrible —dijo ella—. Buscaré algo que te suavice la herida.

Su tío agitó la cabeza.

—Es parte de ser un hombre —dijo en voz alta para que lo oyera Kyle.

Kyle sonrió, expandiendo el pecho, se acercó a las galletas y no se separó del plato hasta que estuvo casi vacío. Se bebió dos vasos de leche y uno de limonada, luego se levantó y siguió con lo que estaba haciendo.

—De acuerdo, lo admito —dijo ella mirando al chico levantar la pala—. Tu plan es mejor que el mío. A Kyle le encanta esto. Es un niño diferente del que era hace unos días.

—Bueno, no lo digas muy alto o se sentirá obligado a demostrar que te equivocas. Sí, es bueno para él...

—Es muy bueno de tu parte que hagas esto. Estoy segura de que hoy debe de ser tu día libre.

—No me tomo mucho tiempo libre en esta época del año. Aprovecho para tomarme un respiro cuando cambia el tiempo.

—¿Y qué haces?

¿Era una pregunta demasiado personal? Sí, lo era. Pero ella quería saberlo.

—Normalmente vuelvo a Hawai un par de semanas —desvió la mirada hacia Kyle—. Este año, no sé si lo haré.

—¿Cómo está tu hermana?

Por su actitud esquiva, ella supo que aquélla era la parte de su vida que él no

quería revelar. Finalmente, lo vio respirar hondo y decir:

—No va a salir adelante.

Beth sabía que la madre de Kyle estaba gravemente enferma. No había otro motivo por el cual Ben se hubiera convertido en el tutor de Kyle. Pero igualmente le chocó la noticia.

Ella le tocó el brazo.

Sólo eso. Y le pareció lo más natural del mundo que él le cubriese la mano con la suya. Algo los conectó, algo más grande que la comprensión, la culminación de algo que había empezado en aquel jardín desde el momento en que él había dicho que construiría una casa en el árbol para ella.

Ella se hubiera quedado suspendida en aquel momento durante horas. Pero él tuvo la reacción contraria.

Retiró la mano como si quisiera arrancar la sensación que había brotado entre ellos.

Le sonrió con aquella sonrisa fabulosa, y ella se dio cuenta de que hasta una sonrisa increíble podía ser una máscara.

—Voy a besarte un día de éstos —le prometió Ben.

Ella miró sus labios.

La verdad era que ella se moría por que él la besara.

Pero no para que él tapase el dolor, para que las cosas no le dolieran.

—No.

Él se sorprendió del rechazo de una mujer.

Ella se puso de pie, recogió la bandeja y se marchó a la casa. Abrió la puerta con el pie y miró para atrás.

—Sabes que un beso no solucionará tus problemas. Estarán allí todavía cuando separes los labios.

Él se quedó sentado allí, como si ella le hubiera lanzado una bomba. Luego se puso de pie y caminó a través del jardín. Se detuvo frente al porche y la miró.

—¿Cómo sabes lo que puede solucionar un beso o no?

—¿Qué quieres decir? ¿Que no me han besado nunca?

—No tienes aspecto de ser una experta.

—Arrogante Neanderthal —protestó ella.

—No me pongas nombres de más de cinco sílabas.

—¡Tiene cuatro sílabas! Pero por si no lo has entendido, es otra versión de hombre de las cavernas.

Él pareció a punto de subir la escalera y hundir sus fuertes dedos en su pelo antes de besarla para demostrar lo que decía. Que era un hombre de las cavernas.

Ella se habría sentido tan fascinada por sus labios que se habría olvidado de que él era un hombre de las cavernas. O lo habría perdonado por ello.

Ella entró a la casa y cerró la puerta.

—¿Has cerrado la puerta con pestillo? —preguntó él.

Ella no dijo nada, sólo lo miró por el cristal.

—¿Qué? ¿Piensas que derribaría la puerta para besarte?

—No sería la primera vez —dijo ella para picarlo. Ella se había pasado casi todo el instituto tratando de evitar los asaltos afectivos de Harley Houston. Una vez había salido de un armario para sorprenderla.

—Probablemente lo sería —dijo Ben mirándola con evidente malhumor.

—Oye, no comprendo. Si te parece que soy incapaz de inspirar semejante pasión, ¿por qué eres tú quien dice, sin provocación alguna de mi parte, que algún día me besarás? Como si yo no necesitase sentir algo primero. O tú. Como si pudieras hacerlo porque sí, sin participación mía.

—Créeme, si alguna vez te beso, tú participarás.

—No lo haría —dijo ella con obstinación. Aunque no quería que la pusiera a prueba. No tenía sentido alimentar su enorme ego. Ella se había dejado fascinar por su aspecto impresionante. Por su encanto. Por su risa. Por la casa en el árbol de su jardín.

Ella, Beth Maple, quien debería haber tenido más juicio, ¡había dejado que sus vidas se entrelazaran! Le había dado su dirección. Le había permitido ir a su jardín. ¡Le había horneado galletas y lo había convidado con leche y limonada!

¡Y lo había observado quitarse la camiseta! Cerró la puerta firmemente y la trabó con todo el ruido que pudo.

Pero luego, cuando estaba poniendo el lavaplatos, se dio cuenta de que él había logrado lo que quería.

Cuando le estaba hablando de su hermana, él había sentido algo. Tristeza. Vulnerabilidad. A lo mejor confianza en Beth incluso.

Y con la historia del beso o con la discusión se había distanciado del dolor.

Era una advertencia. No podía haber futuro con alguien que se distanciaba de sus emociones de tal manera, que se asustaba tanto de ellas.

Y cuando lo vio recoger sus herramientas e irse con su sobrino sin despedirse, deseó que no volviera jamás.

Pero cuando notó que la escalera estaba casi terminada, supo que volvería. Si hubiera sido una persona dispuesta a abandonar sus proyectos y sus promesas, se habría ido antes de la discusión.

Había tenido la primera discusión con Ben Anderson.

Y aunque no le gustase, sabía que la gente real tenía discusiones. No era como su relación virtual, pensó que tal vez no estaba preparada para una relación real.

Pero era como con el beso: a él no le importaba que ella estuviera preparada para él.

La envolvería como un huracán, estuviera preparada o no.

Y ella quedaría como los restos de un huracán.

Después se dijo: «Estás exagerando».

Pero seguramente mucha gente pensaba que estaba exagerando cuando veía una

tormenta en el horizonte.
Sin medir su peligro.

Capítulo 5

Diario secreto de Kyle O. Anderson

Creo que la señorita Maple y mi tío Ben han tenido una pelea.

Después de que la señorita Maple nos trajera galletas, limonada y leche, se marchó a la casa y no volvió a salir. Mi tío no se despidió cuando nos fuimos. Estuvo muy callado durante el viaje de regreso a casa, pero cuando le pregunté si pasaba algo, me dijo que no y que todo estaba bien y que si había disfrutado con el trabajo de hoy.

La verdad es que me gusta trabajar con mi tío. Me encanta la casa en el árbol de la señorita Maple. Jamás había pensado en el futuro. Nunca he dicho que sería bombero o policía, como hacen otros niños. Pero trabajar con mi tío me ha hecho ver que me gusta construir cosas. Y él dice que lo hago bien. Cuando le sugerí cambiar los escalones para que pudieran funcionar mejor, me dijo que era un genio. Y una cosa sobre mi tío: cuando dice algo así, lo dice en serio.

Si tuvo una pelea con la señorita Maple, me alegro de que no me lo haya contado. Mi mamá siempre me ha contado todo lo que pasaba en su vida, y si piensas que es bueno conocer todos los problemas de los mayores, te equivocas.

Yo no quería que la señorita Maple y mi tío se llevaran bien, pero ahora que no se llevan bien, me preocupa.

Cuando llegué a casa sonó el teléfono. Pensé que sería mi mamá cuando mi tío me lo pasó, porque era la única persona que se me podía ocurrir. Pero era Mary Kay Narsunchuk, que quería invitarme a un espectáculo llamado El premio de las constelaciones.

Al principio pensé que era una broma.

—¿Por qué me lo preguntas a mí? —pregunté.

—Porque eres la persona más inteligente que conozco —me dijo Mary.

Y me gustó que dijera eso, aunque no nos conocemos mucho. Y luego me dijo que le había gustado que protegiera de Casper al sapo, aunque a ella realmente no le gustan los sapos.

Me dijo que odia a Casper, lo que significa que tenemos algo en común.

Su mamá me recogió en casa de tío Ben y nos llevó al Planetario, y nos dejó allí con la promesa de que a la salida no nos moviéramos de la entrada, lo que a mí me sorprendió, ya que llevo viajando en transporte público desde los seis años. Pero igual dije «Sí, señora».

Al volver noté que Mary Kay mide por lo menos tres centímetros más que yo, y que tiene ropa bonita. Y tuve otra vez esa sensación de que no soy lo suficientemente bueno. Luego me dije que no se trataba una cita ni de nada de eso, y cuando ella me preguntó qué había hecho hoy, le hablé sobre el trabajo de la casa en el árbol en casa de la señorita Maple, a Mary le pareció alucinante.

Y luego pasó la cosa más rara del mundo cuando apagaron las luces: me agarró la mano. Nada más. Y entonces las estrellas parecieron caer sobre nosotros y yo me dije «todo esto es por Kermit». La casa en el árbol, estar con Mary Kay en aquel momento, y el que ella pensara que soy inteligente, y que no se diera cuenta siquiera que yo soy mucho más bajo que ella, y que no estoy tan bien vestido como ella.

Las estrellas sobre nosotros hacían que sintiéramos el universo tan inmenso... Entonces fue cuando tuve aquella sensación tan extraña... Que lo bueno puede salir de lo malo, y que tal vez a mí me estaba cuidando la misma cosa que pone las estrellas en el cielo, quizás todo iba a ir bien.

Es la primera vez que siento eso. Como que no tengo que tener cuidado por nada.

Y todo eso no es nada comparado con lo que ocurrió luego. Créeme, la señorita Maple y el tío Ben eran lo último que tenía en mente.

Era la primera vez que Ben tenía una noche para sí mismo desde que Kyle había aparecido en su vida como algo permanente.

Cuando había visto desaparecer a su sobrino en un coche había sentido la embriaguez de la libertad.

Podía alquilar una película con un lenguaje poco recomendable y violencia, se dijo, cosas de hombres, algo que se reprimía cuando estaba con el niño.

Pero curiosamente descubrió que se sentía ridículo estando solo. Era la influencia de la irritante señorita Maple. Era como si ella estuviera allí mirándolo.

«Ya verá», se dijo.

Pensó en salir con Samantha, pero antes de que pudiera llegar al teléfono se le pasaron las ganas.

Había dejado la relación con Samantha aun antes de conocer a la señorita Maple, así que ahora no podía ni imaginar lo aburrida que le parecería al compararla con Beth. ¡Con alguien que podía citar a Aristóteles, nada menos!

Pensó en Hillary entonces.

Pero Hillary hacía mucho que no le interesaba...

Pam...

Entonces, Pam.

Pero tampoco le convenció la idea.

Entonces decidió llamar a sus amigos.

Pero éstos querían volver a envolverlo en sus juegos, como le llamaban ellos, y la sola idea le cansaba.

La verdad era que la casa le parecía muy vacía sin Kyle. Se había acostumbrado al ruido de su música, al ruido del frigorífico, al sentimiento de sentirse responsable de otra persona.

Era curioso en él, que jamás había podido ocuparse ni de una planta.

Pensó en alquilar una película. Incluso fue al videoclub.

Pero antes de llegar a la caja dejó la película.

Porque se dio cuenta de su realidad. Estaba tratando de huir, de llenar su tiempo para no pensar en un hecho que no le gustaba de sí mismo. La había herido. Había herido a la señorita Maple. Y lo había hecho porque le había dicho que su hermana no saldría adelante, y ella le había tocado el brazo, y le había hecho enfrentarse a la profunda tristeza por su hermana, y a su vulnerabilidad con Beth. Él no quería tener sentimientos. Aquello no era nuevo, pero... ¿herir los sentimientos de otra persona? No estaba bien.

Lo único que ella había hecho había sido tocarle el brazo. Pero aquel contacto lo había hecho sentirse débil en lugar de fuerte. Como si hubiera querido hundir la cabeza en su regazo y llorar sintiendo sus dedos en su pelo. ¡Él, llorar!

Pero ahora se daba cuenta de que no había sido justo intentar recuperar su poder a expensas de ella.

«Sé un hombre», le había dicho una vez a Kyle cuando éste no quería enfrentarse a las consecuencias del daño que había causado.

Ahora era su turno.

Al salir del videoclub lo asaltó un olor a pizza recién hecha. Él no había cenado.

Y así fue como se presentó en casa de la señorita Maple con una pizza famosa y seis latas de bebida.

Beth le abrió la puerta después de mirar quién era por la mirilla. Eso le dio esperanza.

Pero luego se cruzó de brazos como si él fuera un niño al que tuviera que poner límites.

Llevaba una camisa blanca grande y un pantalón deformado a juego.

No era el atuendo de una mujer acostumbrada a recibir visitas masculinas.

Y eso le gustó a él, aunque no supo por qué.

Entonces pensó en el motivo de su visita.

—Quiero hacer las paces —dijo Ben extendiendo la pizza.

Nadie se resistía a esa pizza en Cranberry Corners, pensó él.

—Te pido disculpas —agregó.

—¿Dónde está Kyle? —preguntó ella.

—No tengo a Kyle esta noche. Está en el Planetario con Mary Kay —aclaró para que no pensara que era un tutor irresponsable.

—Ah —dijo ella.

—¿No vas a dejarme pasar?

—Lo voy a pensar.

—¿Sabes una cosa, señorita Maple? Piensas demasiado.

—Probablemente no sea un problema en el mundo que habitas tú —respondió ella.

—Generalmente, no.

Ella torció los labios, pero no le abrió.

—Vale, veo que yo soy resistible, pero ¿la pizza? Venga... Tiene tres ingredientes —la tentó Ben.

—¿Qué tres ingredientes?

—Champiñones, salchichas picantes y pepperoni.

Él notó que ella se debilitaba al mencionar las salchichas picantes.

Aquello podría haber sido un insulto para él, puesto que a él no le abría la puerta y a la pizza, sí. Pero se alegró.

—Tiene que haber reglas —dijo ella.

—No es bueno que haya muchas reglas tampoco.

—No puedo salir con familiares de los alumnos.

—¡Esto no es una cita! —protestó él—. Es una pizza.

—Bueno, está la complicación del beso que mencionaste antes —ella se puso colorada.

—De acuerdo. No habrá nada de eso.

—Ni lo pienses, ya que esta noche no tenemos a nadie de carabina.

—Señorita Maple, no puedes controlar mis pensamientos.

Sobre todo ahora que ella había sacado el tema y que él le estaba mirando los labios.

¿A qué había ido allí, a robar besos o a hacer las paces?, pensó él.

¿Qué se hacía con una chica como la señorita Maple después de comer la pizza?

¿Jugar al ajedrez?

—Oye, simplemente te dejaré la pizza. Con una disculpa. Lo siento si herí tus sentimientos esta tarde, insinuando que un hombre no rompería una puerta para besarte. Porque el hombre adecuado lo haría.

Él la estaba liando más, pensó.

—¡Has dicho que dejarías el tema del beso!

—Pero luego tú has dicho que ni podía pensarlo. Lo que es ridículo.

¿Qué hombre no pensaría en ella con la proximidad de aquellos labios?

—Señorita Maple, hay un elefante en medio de la habitación. No podemos fingir que no existe. Tal vez tengamos que superar ese tema.

—¿Qué?

Él suspiró.

—¿Quieres compartir una pizza conmigo o no? Se está enfriando. No te estoy preguntando si quieres venir a vivir a una cabaña en un terreno salvaje conmigo y que tengamos hijos, ¡por el amor de Dios! Sólo porque encuentro que tus labios son... provocativos.

—No creo que sea sensato que entres.

—Estoy de acuerdo contigo, pero vivamos peligrosamente.

Ella pareció reflexionar, como si dejarlo pasar fuera a ser lo más peligroso que hubiera hecho en su vida.

Él se preguntó si no debería derribar la puerta y besarla, para que ella viera que no

era eso que temía.

Salvo que a lo mejor era peor de lo que él temía.

Si besaba a una persona como ella, no podía hacerlo a la ligera, sin pensar en lo que sucedería después. Ése era el problema con él, y con casi todos los hombres, que no controlaban sus impulsos. «Actúa ahora y paga luego».

Una cabaña con ella en el bosque llena de bebés no le pareció tan mala idea.

El pensamiento casi le hace caer del escalón. Pero en ese momento se abrió la puerta.

—Compórtate —le dijo ella.

—Sí, señorita Maple —dijo él.

Su casa era como se la había imaginado, delicada, cuidada. Con flores frescas en un florero, un espacio cálido y personal. No había nada estéril.

Ella miró el sofá blanco y decidió que ahí no. Él no sabía si porque el blanco y la pizza no iban juntos o porque parecía demasiado pequeño para que se sentaran dos personas que tenían que comportarse.

Ella lo llevó a la cocina. Todavía tenía olor a galletas caseras.

—¿Qué estabas haciendo? —preguntó él cuando la vio apagar el fuego de la cocina.

—Sopa, y palabras cruzadas. La sopa no puede competir con la pizza.

La mesa era pequeña, y las sillas, frágiles. Ella tenía una vida que le gustaba, pensó él.

—Te ayudaré a hacer el crucigrama —decidió Ben, y se sentó.

¿Se quejó la silla de su peso? Ben le pasó la pizza, ya que la mesa no era suficientemente grande como para poner la caja.

—¿Cubiertos? —preguntó ella.

—No.

Luego Ben miró el crucigrama. Era difícil. La vio sacar cubiertos y ponerlos en un plato.

—Sin utensilios o me llevo la pizza a casa. La pizza es una comida que se come con las manos.

«Desmélénate», quería decirle. Pero no estaba seguro de que quisiera que lo hiciera totalmente.

Ella le hizo caso. Y comió con las manos. Y verla fue una experiencia erótica para él. Él se recordó que no tenían carabina aquel día.

Así que se concentró en las palabras cruzadas.

—Una palabra de ocho letras con el significado de tonto —le preguntó Ben.

—¿Estúpido?

Él escribió con un bolígrafo.

—¡No lo rellenes en bolígrafo!

Tampoco le había gustado a ella que él comiera pizza y rellenase el crucigrama al mismo tiempo.

—Te compraré otro cuaderno si te lo mancho.

—No estaba preocupada por mi cuaderno —dijo ella.

—Sí, lo estabas.

Siguieron haciendo el crucigrama juntos.

—Esto es demasiado fácil para nosotros. La próxima vez el del *New York Times* —comentó Ben.

Como si pudiera haber próxima vez, pensó él.

—Hecho —dijo él media hora más tarde cuando terminaron el crucigrama.

Habían comido casi toda la pizza.

Y él estaba perdiendo el control al estar tan cerca de ella.

Le gustaba su risa, cómo fruncía la nariz al reír... Decidió hacerla reír otra vez.

Arrancó una hoja del crucigrama.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó ella.

—Ahora tengo esto para que sepan tus alumnos cómo deletrea su profesora la palabra «incógnita». Si me haces feliz, jamás se lo mostraré.

—¿Cómo te podría hacer feliz? —preguntó ella.

—Usa tu imaginación. Una mujer que deletrea «incógnita» de ese modo, tiene que tener mucha imaginación.

—Tengo una idea mejor, que me lo devuelvas.

—No soy uno de tus niños de quinto curso. No tengo que hacer lo que me digas. Ven a agarrarlo —bromeó él.

—¡Dámelo! —gritó ella—. No me hagas correr.

Ella extendió la mano hacia él. Ben se dio la vuelta y corrió con el crucigrama. Ella lo persiguió por la cocina y por el salón, alrededor de la mesa baja y por encima del sofá.

Los floreros que había en el suelo sonaron, pero no se rompieron.

Ella lo acorraló en un rincón del pasillo, al lado de la puerta de su dormitorio, decorado en blanco virginal. A no ser que él pudiera quitársela de encima o se metiera en su dormitorio, estaba atrapado.

Y le gustaba.

Ella intentó quitarle el papel.

—Ríndete —le exigió Beth extendiendo la mano. Esa palabra no existía en el vocabulario de los marines.

—¿Rendirme? Un marine no hace eso —levantó el papel por encima de su cabeza—. Ven y agárralo —y se rió cuando ella intentó arrebatárselo sin éxito.

El rostro de Beth estaba reluciente. Estaba hermosa y desinhibida y ferozmente decidida a conseguir lo que quería. Después de varios intentos levantándose, intentó trepar por encima de él.

Con un brazo por su cuello y un pie en su rodilla, alcanzó el papel, riéndose sin aliento, con su nariz fruncida como un conejo.

Ella se dio cuenta de pronto de lo que estaba haciendo. Ben se preguntó si a ella

le parecería tan bien como a él.

Beth se puso rígida.

Y luego se echó atrás tan rápidamente que casi se cayó. Él resistió el impulso de sujetarla.

—Hmmm. Eso me ha hecho feliz. Tu crucigrama está a salvo conmigo, por ahora. Lamentablemente, me tengo que marchar. Kyle llegará pronto a casa y no quiero que no me encuentre. Creo que ha tenido demasiado de eso en su vida.

—Eres un buen hombre, Ben Anderson —comentó ella.

Él sintió que la atmósfera cambiaba, que se ablandaba, moviéndose nuevamente hacia donde había estado aquella tarde cuando ella le había tocado el brazo.

Así que él sacudió nuevamente el crucigrama.

—No soy realmente un buen hombre —agregó—. Tengo el crucigrama, y no tendré miedo de usarlo. No lo olvides.

—Te acompañaré a la puerta —dijo ella con excesiva formalidad teniendo en cuenta que hacía unos minutos había trepado por encima de él—. Gracias por la pizza —agregó cuando estaban junto a la puerta.

—De nada.

Él se quedó un momento, mirándola. «No lo hagas», se dijo.

Ella no estaba preparada para que se le derrumbase su mundo. Ella no estaba preparada para un hombre como él. No tenía sentido complicar las cosas entre ellos.

Pero resultó que fue ella quien lo decidió.

Cuando él se dio la vuelta para marcharse, sintió la suave mano de Beth en su hombro. Él se dio la vuelta. Y fue ella quien se puso de puntillas y le dio un beso en los labios.

Fue como probar agua fresca después de años de beber agua turbia. Era la inocencia en un mundo de cinismo. Era la belleza en un mundo feo.

Así que la verdad no era que ella no estuviera preparada para un hombre como él, sino que él no estaba preparado para una mujer como ella.

Una mujer que exigiría mucho de él. Que le pediría que volviera a aprender el mundo, que le pediría que fuera mucho más de lo que nunca había sido.

—Bueno —dijo ella echándose atrás—. Me alegro de haberme enfrentado al elefante.

Él no estaba seguro. El elefante había estado durmiendo plácidamente. Ahora que se habían encarado con él no podían volver a lo de antes. Ahora habría hambre.

A partir de ahora sus labios serían una tentación terrible para él.

El elefante estaba ocupando toda la habitación en aquel momento.

Ella se inclinó hacia él otra vez, y él contuvo la respiración. Si ella lo besaba, él no sería responsable de lo que pasara después.

¿No sabía nada de hombres ella?

—Buenas noches, Ben —dijo Beth dulcemente.

Y todo el viaje de vuelta se lo pasó preguntándose si ella lo habría besado para

llegar al maldito crucigrama.

Y todavía lo estaba pensando cuando llegó Kyle.

Su sobrino estaba resplandeciente.

—Tío Ben, ¿qué significa que una chica te bese? —y luego, sin esperar su respuesta, agregó—: Supongo que es que le gustas mucho, ¿no?

Ben se quedó pensando.

—Supongo —dijo su tío.

O que quería algo.

Como un crucigrama.

Capítulo 6

Había besado a Ben Anderson, pensó Beth mientras ponía la pizza en el frigorífico.

¿Cómo había hecho semejante cosa?

Bueno, él la había animado: «Vivamos peligrosamente», le había dicho.

Había sido ella quien había instigado el beso. Tenía veinticinco años y se había atrevido a rozarle los labios a un hombre tan atractivo que hacía que su corazón dejase de latir.

Se alegraba de haberlo hecho. No se arrepentía en absoluto.

Se sentía satisfecha de sí misma, en realidad.

Había algo al estar cerca de él que le hacía querer ser una persona diferente.

Menos reservada, menos tímida, menos temerosa. No querer esconderse de la vida.

La nueva Beth rompería reglas. La nueva Beth no esperaría a que un hombre la besara, sino que lo besaría ella si le apetecía.

Pensó en la experiencia de besarlo y se estremeció.

¡Casi había pasado por la vida sin besar a un hombre de aquel modo!

El sabor del beso de Ben Anderson había sido mejor de lo esperado.

Era como si la muralla que había alrededor de su segura y estructurada vida se hubiera pulverizado cuando ella le había tocado los labios.

Algo se había liberado en su interior.

La vieja Beth se habría horrorizado de tener que volver a verlo. Pero la nueva Beth no veía la hora de encontrarse con él.

Se sentía viva.

Había estado dormida desde la experiencia con Ralph/Rock. Se había sentido herida y se había retirado a curarse las heridas.

Y entonces, como si el universo tuviera planes para ella que jamás hubiera imaginado, había aparecido Kyle, y su tío, y la casa del árbol de su jardín.

Tenía que vivir.

Aunque le diera miedo.

Tenía que abrazar la maravillosa e impredecible aventura de la vida. Y no sólo vivir, sino vivir a la manera de Ben: peligrosamente.

Era domingo por la mañana y Ben estaba aparcando su camioneta frente a la casa de ella.

Bajó y miró hacia la ventana de la casa de Beth como si no supiera qué esperar.

Eso estaba bien. Porque ella tenía la sospecha de que él estaba acostumbrado a dirigir las relaciones y saber cuál era el siguiente paso.

«Ben Anderson, has encontrado la horma de tu zapato», se dijo.

Y luego contempló la idea, encantada.

Hacía una semana no se habría considerado la horma del zapato de Ben

Anderson.

Por un momento, la cautela intentó apoderarse de ella tratando de decirle que ella no era la horma del zapato de Ben porque él tenía mucha más experiencia que ella, porque realmente no lo conocía, porque eran polos opuestos...

Pero por debajo de aquella voz de la razón, otra voz cantaba.

Y le decía que lo había visto actuar con su sobrino, que Ben actuaba con calma y responsabilidad y que estaba dispuesto a sacrificarse... Y había representado el alma de ella en su jardín. Como si él viera algo de ella que nadie veía.

Cuando lo había besado había sentido su soledad, su distancia, que como todo ser humano necesitaba cosas. Pero también había sentido la negación de su necesidad.

Ben ya se había puesto el cinto de trabajo cuando ella salió con café humeante para él y chocolate para Kyle.

Ben agarró el café. Y le dio los buenos días un poco enfurruñado, como si fueran extraños.

Pero sus ojos miraron los labios de ella.

—¿Adivine una cosa? —le dijo Kyle a Beth—. Mary Kay y yo fuimos al Planetario anoche.

—¿Y qué tal?

—Alucinante —respondió Kyle.

Ella vio en Kyle lo que siempre había deseado para él: la capacidad de excitación, de sentir alegría, de ser un chico normal, un niño camino de ser hombre. Un chico que podía enamorarse de una niña y amar la casa del árbol al mismo tiempo.

Ella miró a Ben, y notó que él también había notado la alegría de su sobrino. Y registró la increíble ternura de sus ojos al mirar a Kyle...

—¿Puedo traer a Mary Kay aquí y mostrarle la casa del árbol? —preguntó Kyle—. Cuando terminemos.

—Por supuesto —dijo Beth.

—Pero no se va a hacer si seguimos aquí de pie, bebiendo café —dijo Ben dejando su taza—. Kyle, puedes llevar madera de la camioneta para la plataforma. Apílala aquí.

Ben parecía querer ignorar a Beth. Pero ella tenía otra idea.

Había recogido unas tablas y se dirigió a la escalera.

—¿Qué estás haciendo?

—Estoy ayudando.

—No sabes cómo se construye una escalera —protestó él.

—Bueno, tú tampoco sabías nada de crucigramas.

—Es mejor que esto no termine como aquello —dijo Ben—. Construir cosas no es como hacer crucigramas. Hay un propósito en ello.

—También hay un propósito en un crucigrama.

—¿Cuáles?

—Fortalecer el cerebro.

—Pero nadie resulta herido si se hacen mal. Si no construimos bien esto, puedes estar un día tumbada en tu hamaca, bebiendo limonada y leyendo novelas de amor y caerte.

—¿Novelas de amor?

¿Había dejado una a la vista o era tan transparente?, pensó ella.

—Es sólo un ejemplo.

Beth se quedó en silencio preguntándose si era verdad que nadie resultaría herido por hacer un crucigrama. Ella se había abierto a la vida y se había atrevido a vivir más peligrosamente. Y ése era un buen modo de exponerse a que le hicieran daño.

—Muéstreme cómo usar el maldito martillo para que mi limonada y mi hamaca no terminen en el suelo —dijo ella.

—Ah, ah, señorita Maple, las maestras de quinto curso no pueden decir «maldito».

—Tú no sabes nada de maestras de quinto curso —respondió ella.

Él le miró los labios. Luego dudó y dijo:

—De acuerdo.

A partir de entonces estuvieron trabajando juntos todo el tiempo. Y ella se preguntó si habría sido buena idea proponérselo, porque más de una vez se rozaron los hombros y las manos.

Pero ella se sentía viva, intensamente viva por estar trabajando al aire libre, codo a codo con un hombre como aquél.

Antes de que ella se hubiera dado cuenta, estaban en la parte alta de la escalera.

—Está terminada —dijo ella.

—Realmente, no. De momento es sólo una escalera que no conduce a ningún sitio.

Aquella era la diferencia entre un hombre y una mujer: Él era totalmente pragmático, ella soñadora.

Para demostrarle que la escalera conducía a algún sitio, ella sacó el pie de la escalera y pisó una rama con cuidado.

—Eh, ten cuidado.

Ella ignoró su advertencia y se estiró para contemplar la vista desde allí.

Jamás había visto aquella vista desde su casa.

—Se puede ver todo Cranberry Corners. ¡Es impresionante! —exclamó Beth.

Y eso era lo que sucedía cuando se aceptaba el reto de vivir al límite. Se veían las cosas de forma diferente. Se abrían nuevos mundos.

—Será mejor que vuelvas aquí.

Ella no le hizo caso.

Se sentó, colgó los pies de la rama, miró por entre el velo de hojas a su nuevo mundo y suspiró con satisfacción.

—Si te caes de ahí, te vas a hacer daño —le advirtió Ben.

Ella lo miró. Ben parecía enfadado.

—Además de novelas de amor, leo cosas con un propósito. ¿Sabes cuál era la consigna de Juana de Arco? —preguntó ella.

—Sí, claro. Yo tengo puesta su consigna en el espejo del baño. ¿Qué clase de pregunta es ésta? Baja de ahí, Beth. Ahora no es momento de citar a Juana de Arco.

—No tengo miedo —respondió ella moviendo las piernas alegremente en el aire—. He nacido para esto.

—Eh, por si no lo recuerdas, la historia de Juana de Arco no tiene un final feliz.

—¿A diferencia de mi lectura habitual, quieres decir? —preguntó ella dulcemente.

—No seas rencorosa. Siento haber insinuado que sólo lees cosas para relajarte y entretenerte además de estudiar a Aristóteles... Sal de esa rama —insistió Ben.

Ella lo volvió a mirar. Parecía sinceramente preocupado.

—Tú eres el que disfruta viviendo peligrosamente —le recordó Beth.

—Sí, yo...

—Tú me has animado a hacerlo.

—De lo que me arrepentiré eternamente. Beth, si no bajas, iré a buscarte. Te lo digo en serio.

—Dudo que la rama sea lo suficientemente fuerte como para sostenernos a los dos.

—Yo también lo dudo.

A ella le encantaba atormentarlo, pensó.

Le encantaba ver cuánto se preocupaba por ella. Aunque preocuparse por alguien y sentirse responsable por alguien eran dos cosas distintas.

—¿Es la hora del almuerzo ya? —preguntó Kyle desde abajo—. ¡Eh! Eso parece divertido, señorita Maple. ¿Puedo subir?

—¡No! —respondieron Ben y Beth al mismo tiempo.

Y ella se bajó antes de que Kyle siguiera su ejemplo. Ben la ayudó sujetándole la cintura en cuanto estuvo a su alcance. Pero sus manos siguieron en su cintura como si no tuviera intención de soltarla.

—Ahora estoy a salvo —dijo Beth.

Ambos sabían que no estaban a salvo, ni ella ni él.

Y que lo que estaba creciendo entre ellos era algo tan peligroso como una tormenta eléctrica. Él la soltó.

—Llevaré a Kyle a comer algo —dijo Ben.

Ella sabía que él intentaba poner distancia en aquella situación tan íntima e intensa.

—No hace falta. Ha sobrado mucha pizza.

Y así fue como Ben Anderson estuvo nuevamente en su cocina.

El problema de tenerlo allí era que luego su espacio no volvía a ser completamente suyo. Su sombra permanecía aún después de haberse marchado.

Y los hombres como él se marchaban. No se quedaban.

Pero de momento aquello no importaba.

Era suficiente con sentirse viva. Era mejor no analizar lo que podía deparar el futuro. No vivir en la prisión del pasado. Simplemente disfrutar de aquel momento.

Calentaron la pizza en el microondas. Ella sacó la limonada y preguntó a Kyle por el Planetario.

—¡Eh! —exclamó ella viendo un movimiento por el rabillo del ojo—. ¡Eh, trae eso! —agregó.

Pero Ben ya tenía su trofeo.

Había conseguido el crucigrama que ella había puesto con un imán en el frigorífico la noche anterior.

—Aja —dijo él con satisfacción. Lo dobló cuidadosamente y se lo puso en el bolsillo.

—Eso es mío —dijo ella.

—Eso es una cuestión de opinión.

—Estaba en mi frigorífico. Es de mi cuaderno.

—Oh... Creía que en quinto curso ya habías aprendido a compartir.

Y entonces ella no pudo evitar echarse a reír.

Y él se rió.

Kyle los miró con disgusto, comió el último bocado de pizza con avidez y preguntó:

—¿Hay postre?

—¡Kyle! —exclamó Ben.

Pero ella se alegró de ver comer al niño con tanto gusto.

Como no tenía postre, sugirió:

—Propongo que agarremos las bicicletas y vayamos a comer un helado.

—¿Cuántas bicicletas tienes? —preguntó Ben.

—Una media docena. Suelo conseguir bicicletas baratas en las subastas de la policía. Y si hay algún niño que necesita una, la tiene.

—Realmente has hecho de los niños de la escuela tu vida, ¿no? Tienes un corazón muy grande, señorita Maple.

Lo dijo como si le diera miedo un corazón grande.

—Vayamos a la heladería —dijo ella antes de que él se pusiera a pensar en la diferencia entre ellos dos.

—No quiero helado —dijo Kyle—. Id vosotros, sin mí.

—¿Sin ti? —dijeron al unísono, sorprendidos.

—No sé montar en bici —dijo Kyle, enfadado—. ¿Y sabéis una cosa más? Tampoco sé nadar. Ni patinar.

Y luego agregó:

—¿Sabéis qué sé hacer? Sé meterme una barra de pan debajo de la chaqueta para no pagarla en el supermercado. Sé cómo montarme en un autobús sin que me vea el conductor... —de pronto Kyle se puso a llorar—. Tengo once años y no sé montar en

bicicleta.

Beth lo miró en silencio. Luego miró a Ben. Parecía aterrado por las lágrimas. Pero pronto enmascaró su reacción.

—¡Qué problema! —dijo Ben con ironía—. Montar en bici no es conducir un cohete —rodeó los hombros de su sobrino—. Apuesto a que puedo enseñarte a montar en bicicleta en diez minutos.

Beth vio cómo Ben serenaba a su sobrino con ternura.

No era que quisiera vivir peligrosamente lo que le ocurría.

Era que se estaba enamorando.

¿Y no era eso lo más peligroso del mundo?

—¿En diez minutos? —repitió Kyle.

—Sí —dijo Ben.

Por supuesto que no podía enseñarle a montar en bici en diez minutos.

—¿Estás lista? —le preguntó Ben a ella.

—Sí.

Estaba lista no sólo para aquel paseo en bicicleta, sino para el viaje de la vida.

Estaba totalmente abierta a lo que éste pudiera depararle.

Era como montar en bicicleta. No se podía hacer a medias. Tenías que comprometerte. Y aunque terminases con algunas heridas y rasguños, ¿no valía la pena?

¿No era montar en bicicleta como volar? Pero no se podía llegar a ello sin riesgo.

En el garaje eligieron una bicicleta para Kyle y la sacaron a la calle.

Y pronto estuvieron al lado de Kyle dándole instrucciones, observando sus caídas, animándolo con gritos. Kyle se caía. Se tambaleaba. Volaba. Estaban tan absortos en la tarea que no notaron que diez minutos eran una hora.

—Creo que estamos listos para la carrera de inauguración —dijo Ben—. Vamos a la heladería.

—¿De verdad? —preguntó Kyle.

—¿De verdad? —repitió Beth.

La heladería estaba un poco lejos para alguien que acababa de aprender a montar en bicicleta. Habría tráfico y cuestas.

Tal vez fuera lo mismo que le pasaba a ella, que estaba experimentando su relación con Ben fuera de la seguridad de su jardín.

Recordó cuando Ben la había dejado sola en la heladería.

Era un hombre complejo.

Abrazar una nueva forma de vivir suponía mucho riesgo y muchos factores desconocidos.

Pero ella no quería que su vida volviera a ser lo que había sido.

Su vida no volvería a ser la misma, hiciera lo que hiciera.

—Vamos —dijo Beth por fin.

Fueron a la heladería en bicicleta.

A la vuelta, en lugar de ir directamente a la casa de Beth, decidieron dar un paseo por el río y ver cómo Kyle iba ganando confianza. Cada vez se atrevía a más.

—Ve delante —le dijo Ben—. La señorita Maple y yo haremos lo que hace la gente mayor, que es tumbarse debajo de un árbol hasta que vuelvas.

Lo observaron marchar.

—¿Estás seguro de que está preparado? —preguntó Beth mirando a Kyle.

—Sí.

—¿Por qué?

—Míralo. ¿Has visto alguna vez a un niño más dispuesto a volar?

Se sentaron allí, debajo del árbol, disfrutando del sol y del silencio. Hablaron de cosas intrascendentes, de la casa del árbol, del helado y de las bicicletas y los niños.

Beth se dio cuenta de que se estaba instalando una creciente comodidad entre ellos. Estaban totalmente relajados, como el curso del río.

Pero como éste, podía ser engañoso.

Podía aparecer una corriente inesperada que cambiase totalmente la situación.

Y entre ellos había una corriente que no se veía.

Una atracción intensa.

Ella había visto cómo lo miraban en la heladería. Ben era todo potencia masculina.

La vieja Beth se habría dicho que él estaba fuera de su alcance. Pero la nueva se había atrevido a jugar con él, a hacer crucigramas con él, a comer pizza con él, a agarrar un martillo y desafiarlo.

Le gustaba estar con él. Y estaba segura de que a él le gustaba estar con ella.

—¿Quieres volver a besarme? —preguntó Beth, contenta de su atrevimiento.

—Señorita Maple, ¿sabes con qué estás jugando?

—Oh, creo que sí, señor Anderson. Mírame. ¿Has visto alguna vez una mujer tan dispuesta a volar?

Él dudó, luego se inclinó hacia ella y cerró los ojos.

—Beth —dijo antes de besarla.

Fue un beso suave, como el movimiento de un pájaro.

Pero luego el beso se intensificó. Ella sintió su deseo en sus labios.

Era posible que ella no supiera con qué estaba jugando, pero le daba igual.

Aquél fue el beso de un guerrero, feroz y exigente.

Y ella supo otra verdad.

Un hombre como aquél tomaría todo lo que una mujer pudiera darle. Ella tendría que ser tan profunda, intensa y fuerte como él. Con un hombre como aquél habría pocos momentos de quietud.

La llevaría a las alturas de la emoción, tan aterradoras como peligrosas.

Más alto de lo que jamás hubiera subido...

Y la caída podía ser más terrible que ninguna. ¿Sería lo suficientemente fuerte como para ello?

¿No se había roto un ala ya?

—No se me ha dado muy bien.

Ben se apartó de Beth con un sobresalto al oír la voz de Kyle.

Ninguno de los dos había pensado que su paseo podía ser tan corto.

Pero allí estaba él, encima de su bicicleta, pálido y mirándolos acusadoramente.

Ben se sintió incómodo.

Se puso de pie de un salto y ayudó a Beth a levantarse.

—No se me ha dado muy bien —repitió Kyle.

Era evidente que Ben se arrepentía de haberla besado o se lamentaba de haber sido sorprendido.

—Hay cisnes en el río —dijo Kyle, con las mismas ganas de olvidar el beso que su tío—. Quería que los vierais. ¡Son preciosos!

En las palabras de Kyle, ella vio un paralelismo con la relación con Ben.

La vida tenía cosas demasiado hermosas para no compartirlas con alguien. Pero compartirlas era un riesgo. El niño, por querer compartir la belleza de los cisnes con ellos, se había arriesgado a sorprenderlos besándose.

Ella sintió miedo por primera vez desde que había adoptado su nueva personalidad.

Beth y Ben se dispusieron a volver a las bicicletas para acompañar a Kyle a ver a los cisnes.

Y ella pensó que se sentía como el patito feo que se estaba transformando en cisne.

Era una transformación inquietante, pensó.

El diario secreto de Kyle O. Anderson

Cuando volví del paseo y me encontré a mi tío y a la señorita Maple besándose, me sentí fatal. He visto a mi mamá hacer eso. Ya sé que a eso sigue que me quitan de en medio.

Así que esperé.

Creí que mi tío me iba a dar diez dólares y me iba a decir que fuera a comprarme más helado, pero él no lo hizo.

Fuimos a ver los cisnes y luego volvimos a casa de la señorita Maple a seguir trabajando.

No se volvieron a tocar ni a besar delante de mí.

La señorita Maple dejó que me llevase la bicicleta a casa, y mi tío y yo fuimos a montar en bici otra vez después de la cena.

Es fácil montar en bicicleta. Le he preguntado a mi tío si era tan fácil aprender a nadar y a patinar, y él me ha dicho que un hombre puede hacer cualquier cosa que se proponga.

Como si yo fuera un hombre...

—¿Hay algo que te dé miedo? —le pregunté.

—Siempre hay algo que nos da miedo.

Pero no me dijo qué era.

¿Y sabes qué?

Realmente no he querido saberlo.

Porque apuesto a que si hay algo que le da miedo, debe de ser terrible. Mucho peor que Genghis Khan pidiéndote que te rindas.

Me gustaría que mi tío Ben no tuviera miedo de nada, porque, después de estar trabajando en el árbol de la señorita Maple y de comer pizza y helado, y de salir con Mary Kay al planetario, ha sido fácil pensar que tal vez haya un lugar donde puedo sentirme seguro y que quizás lo haya encontrado.

¡Ja!

Siempre es cuando crees que tienes algo cuando te lo quitan.

Siempre.

Capítulo 7

Beth Maple lo había besado. Dos veces.

Ben estaba intentando comportarse como un caballero, un papel en el que no tenía mucha práctica.

Aunque aquella noche él había ido exactamente a disculparse como un caballero.

Pero todavía había tenido la intención de mantener las distancias, de tratarla como a la profesora de su sobrino. Y hasta el hacer el crucigrama había sido una forma de enseñarle la diversión de no ser tan rígida. A romper unas pocas reglas, ¡por el amor de Dios!

Pero los límites parecían borrarse cuando estaba cerca de Beth.

¿Quién hubiera imaginado que habría sido ella la que lo hubiera besado?

El primer beso habría podido ser un modo de conseguir el crucigrama, algo que curiosamente le habría dolido, pero ¿el segundo beso?

Ni siquiera había intentado arrebatarle del bolsillo el crucigrama que él había quitado del frigorífico cuando lo había besado por segunda vez.

El problema era que los besos conducían a una relación, según su experiencia. Y eso no iba con él.

Las mujeres querían intimidad, tiempo, compromiso. Una parte de él. Y él simplemente quería pasárselo bien, reírse un rato, nada de exigencias. Por eso sus relaciones eran pasajeras, de un mes, como mucho, dos. Pero era un poco reacio a seguir aquel modelo con Beth Maple.

Ella sólo llevaba unas semanas en su vida, pero cuando él pensaba en volver a su vida sin ella, sin su casa en el árbol, sin crucigramas ni paseos en bicicleta al lado del río, sentía un extraño vacío.

—Oye —dijo Ben agarrando al toro por los cuernos.

Acababan de dejar las bicicletas en el garaje y Kyle estaba guardando herramientas en la camioneta de Ben. No podía oírlos.

—Tenemos que hablar del beso —agregó.

—¿Sí? —dijo ella.

—No es que no me haya gustado —sintió que se ponía colorado. ¿Sería posible?

—¿No te ha gustado? —ella se lo puso más difícil.

—Me ha gustado. Pero debes saber que yo tengo una historia de relaciones que apesta. Y así es como empieza una relación: besándose.

—Gracias por el sermón, señor Anderson. ¿Habrás un examen?

—¡Estoy intentando razonar contigo!

—Estás intentando decirme que no quieres tener una relación conmigo.

—Porque terminaría mal, según mis historias pasadas.

—¿Te gustaría saber qué elemento importante probablemente te faltaba en las historias anteriores?

—¿Qué?

—La amistad.

Él la miró. ¿Cómo podía saberlo ella? No obstante, examinando todas sus historias y fracasos, eso era cierto.

Y había una razón para ello.

Él había experimentado demasiado dolor y demasiados tiempos difíciles. Y a los veinte años había sufrido más pérdidas de las que mucha gente sufría en toda su vida.

Y había decidido pasárselo bien. Y había pensado que la forma más fácil de dejar de pasárselo bien era querer a otras personas.

—Podemos ser amigos o podemos ser amantes. No podemos ser ambas cosas — dijo Ben con firmeza.

Él notó por la mirada sorprendida de Beth que ella ni siquiera se había planteado a qué podía llevar un beso.

—Guau. Sabes cómo ir de la A a la Z sin pararte en medio.

—Exactamente.

Ella lo miró un momento.

Él tenía la impresión de que Beth Maple veía cosas de él que él no quería que vieran.

Y ella le confirmó esto último diciendo:

—¿Sabes, Ben?, a mí me da la impresión de que tú eres alguien que necesita más una amiga que una amante.

Él le hubiera querido decir que tenía muchos amigos, pero eso no era verdad exactamente.

Él no tenía mujeres amigas.

—¿Y tú qué necesitas? —se sorprendió él diciendo.

—No necesito involucrarme en una relación con un familiar de uno de mis alumnos. En un nivel de amante —dijo ella sonrojándose.

Él se sintió aliviado.

Aunque ella no era el tipo de mujer que pudiera tomarse por amante.

Beth necesitaba un compromiso. Él había sabido aquello casi desde el primer momento.

Era el tipo de chica que no se sentiría satisfecha con algo superficial.

Una chica que le exigiría a un hombre dejar una vida centrada en sí mismo.

Que fuera digno de ella.

Lo que él estaba seguro de que no era.

—Bueno, me alegro de que lo hayamos aclarado —dijo él, dudoso.

—Yo también —contestó ella.

—No es que no me haya gustado besarte —insistió Ben.

—Lo comprendo.

—Entonces, ¿no vas a volver a besarme?

¿Él le estaba rogando a una mujer hermosa que no lo volviera a besar? ¿En qué se había convertido su vida?

Tal vez se estuviera convirtiendo en un buen hombre, pensó.

—Haré todo lo posible.

Y entonces ella se rió, conteniendo la carcajada. Él la miró con el ceño fruncido.

—Intentaré refrenarme —le prometió Beth—. He sido una descarada, una fresca. No he querido tirarme encima de ti...

—Nadie dice eso. Ni que seas una descarada, ni una fresca.

Ella se rió y resopló en un esfuerzo por contener su risa.

—¡Oh, ya sabes cómo somos los lectores de novelas de amor! —exclamó ella.

—¿Sabes? Esa es otra cosa que me irrita de ti: Tienes una mente como un ordenador. Almacenas en la memoria todo lo que dice una persona para usarlo en su contra luego.

Finalmente, ella controló su risa. Y ahora lo estaba mirando con gesto pensativo.

Él pensó que tal vez prefería su risa a esa cara.

—¿Sabes qué te faltaba también en tus pasadas relaciones además de amistad?

Él se cruzó de brazos y esperó su veredicto.

—Cerebro. No me extraña que te aburrieses.

—¡Yo no he dicho que me aburriese!

Pero él se daba cuenta de que era verdad. Después del primer tiempo de emoción y novedad llegaba implacablemente el aburrimiento.

—Bueno, alguien se aburría.

—Las relaciones pueden terminar por otras razones que no sean el aburrimiento.

—Sí, es verdad. Tal vez seas un mal amante.

Él abrió la boca para protestar, pero vio el brillo burlón en los ojos de Beth por el raballo del ojo, y volvió a cerrarla.

Ella adivinaba demasiadas cosas. Y hablaba demasiado.

Pero... ¿qué podía hacer?

Él tenía que terminar el trabajo que había empezado en casa de Beth, y Kyle estaría en su clase durante nueve meses más.

Excusas.

Porque realmente su vida antes de que apareciera ella no parecía haber sido lo que él quería. Había estado muy solo. Ahora lo sabía.

Ella había tenido razón. Necesitaba una amiga. Una amiga como ella. Siempre que no se convirtiera en algo más.

Sintiéndose como si acabase de atravesar un campo de minas, Ben subió a su camioneta y condujo hasta su casa.

Cuando llegaron, Kyle anunció que iba a hacer los deberes.

Ben se sorprendió gratamente. Pensó que su plan había funcionado estupendamente. Era casi un milagro.

O tal vez hubiera sido el montar en bicicleta lo que había producido aquello, algo que había sido idea de Beth. Había sido una actividad en la que habían cooperado. Una salida en familia.

Tal vez aquello fuera el corazón del milagro. El sentimiento de familia.

Ben pensó que había hecho bien en decir «no» a los besos, aunque cada vez que pensaba en sus labios sentía una punzada de arrepentimiento.

Estaba pensando en ello cuando sonó el teléfono.

Apareció el número personal de la señorita Maple en la pantalla.

Ben recordó los tiempos en que había deseado que ella lo llamase. Ahora sabía que ella era absolutamente capaz de llamarlo.

—Ahora que somos amigos puedo llamarte, ¿no? No va contra las reglas, ¿no? Como el besarnos...

—Por supuesto que puedes llamarme cuando quieras —dijo él.

En realidad, no había nada que le gustase más que hablar con ella.

Y el teléfono era seguro...

—¿No te parece demasiado descarado que te llame?

—No. ¿Te estás divirtiendo a mis expensas?

—Por supuesto que no. En realidad, te llamo por Kyle, así que definitivamente no soy descarada.

—Definitivamente.

Estaba un poco decepcionado por saber que llamaba por Kyle.

Pero era mejor así. El tema de su sobrino era un tema seguro.

—Me ha dicho que iba a hacer los deberes —susurró él al teléfono.

Sabía que no había otra persona en el mundo más que ella a quien le importase aquello.

—Intenta no exagerar mucho mañana cuando te los entregue.

—No te preocupes, Ben. No me importa que me digas lo que tengo que hacer mañana en mi trabajo.

—No seas picajosa.

—No seas autoritario.

—No soy autoritario.

—¿Estás muy acostumbrado a mandar?

—Tengo un negocio.

—No puedes dirigir tu vida privada como tu negocio.

¿Por qué se había alegrado de ver su número de teléfono en la pantalla?, pensó él. Ella era mandona, obstinada.

¿Quién era ella para dirigir su vida privada? Por lo que él sabía, ella no tenía vida privada. Pero si se lo decía, terminaría otra vez con una pizza en el umbral de su casa. Y ello llevaría nuevamente a los besos.

—¿Hay alguna razón para tu llamada?

—He estado pensando en eso de que Kyle no sabe nadar —dijo ella—. Me da pena.

—A mí también.

—Es como si no hubiera tenido infancia... Pero nunca es tarde.

—¿No? —preguntó él, escéptico.

—Mis padres tienen una piscina cubierta. Es un lugar ideal para iniciarlo en la natación. ¿No te parece que una piscina pública podría ser un poco humillante para él?

Él se quedó pensando en «sus padres». No le gustaba conocer a los padres de sus compañías femeninas.

Pero ella no era exactamente eso, ¿no? Así que ¿por qué no?

Ella los esperó en la entrada de la casa de sus padres y los llevó a un edificio separado donde estaba la piscina, cubierta de cristal. Él se alegró de que no estuvieran sus padres.

Ben y Kyle se cambiaron en un lujoso vestuario, y un rato más tarde, Ben se metió al agua para probar su profundidad.

Kyle tenía la piel de gallina y estaba aterrado.

Y entonces Beth salió del vestuario con un albornoz blanco.

Luego se lo quitó.

Él no debería haber visto en traje de baño a una mujer a la que le había jurado no besarla. Porque Beth, fuera de su papel de maestra, estaba increíble.

Él la había visto vestida y había intuido sus encantos, pero no estaba preparado para verla en carne y hueso.

Literalmente.

Jamás se habría imaginado que usaría un bikini.

¿Lo estaría atormentando deliberadamente con la elección de que fueran amigos?

Porque sería difícil resistirse a sus encantos.

Beth estaba tan incómoda con su propio atrevimiento como él. No estaba acostumbrada a usar aquella prenda de baño para nadar, era evidente. Y lo demostró cuando se zambulló y apareció con un brazo atravesándole el pecho, intentando tapar algo, y el otro moviéndose tratando de atrapar algo debajo del agua.

—¿Ocurre algo? —preguntó él.

—No —contestó ella.

Pero hizo unos movimientos y se ajustó algo. Su entusiasmo era más atrevido que su traje de baño. Y era contagioso. Pronto tuvo a Kyle en el agua jugando y haciendo burbujas para que el niño superase su miedo a mojarse la cara.

En ningún momento pareció una clase de natación. Todo era diversión. Y se mantuvieron siempre donde hacían pie.

Jugaron y se salpicaron y se persiguieron. Ella llevó una pelota para jugar también. Y así se pasó una hora sin darse cuenta.

Aquella experiencia le hizo sentir ganas a Ben de llevarla a nadar a solas al Pacífico, en una de esas noches en que el cielo y el mar se fundían.

¿Era eso algo que se quisiera hacer con una amiga? Apenas salieron de la piscina llegó el temido momento de conocer a sus padres. Su madre les dio albornoces blancos como el de Beth, y los convidó con bebidas frías al lado de la piscina.

Ben notó cómo la madre de Beth miraba el traje de baño de su hija antes de que ésta se cubriese. Lo que sugería que el bikini era nuevo y tenía el propósito de provocar.

Ben estaba acostumbrado a conocer gente, y debido a su negocio no se sentía intimidado por la gente de dinero. Y aunque no le gustaba la idea de conocer padres, se dio cuenta de que no tenía que actuar como un chico de instituto frente a los padres de su chica, porque Beth y él no estaban saliendo.

Sus padres eran gente con la que se podía estar a gusto. Pero Ben se dio cuenta de que él había evitado aquel tipo de reunión desde que se habían muerto sus padres.

Era evidente que para aquella gente la familia lo era todo. Era la razón principal por la que tenían una piscina.

Una familia.

Algo a lo que él le había dado la espalda hacía tanto tiempo... Porque le hacía sentir tanta añoranza por lo que jamás volvería a tener...

Pero él se permitió relajarse con aquella familia. E imaginó que Beth sería como su madre de mayor, una mujer cuyos ojos brillaban con la satisfacción de ser amada.

Al pensar que él no la vería cuando tuviera canas, Ben sintió que perdía aquella relajación. Y más aún la perdió al pensar que Beth querría tener todo aquello algún día.

Oh, no necesariamente la piscina, sino lo que representaba.

Su padre no lo interrogó, afortunadamente, sino que compartió sus recuerdos de su vida militar, sin indagar en la de Ben.

Era un hombre acostumbrado a tener a sus nietos cerca, e incluyó a Kyle fácilmente en la conversación.

—Es bueno aprender a nadar. Uno no sabe nunca cuándo se va a caer del barco de pesca —le dijo Franklin, el padre de Beth, a Kyle.

—Yo no he ido nunca a pescar.

—¿Nunca has ido a pescar? Eso no puede ser. Yo voy a llevar a mi nieto el fin de semana que viene. Él tiene tu edad más o menos. ¿Por qué no vienes?

—¿Puedo ir, tío Ben?

Ben apartó la vista del brillo de esperanza que vio en los ojos de Kyle. Una esperanza que aparecía cuando se abría frente a ellos el mundo de Beth para incluirlos.

Beth estaba horadando constantemente su coraza exterior de cinismo. Pero también estaba metiendo a Kyle en su mundo. ¿Resultaría herido el niño en el camino?

No obstante, no podía decir «no» a aquella luz en los ojos de Kyle.

Ben había intentado poner distancia de Beth con su regla de «no besos», erigir una barrera entre ambos. Pero había tenido el efecto contrario.

Porque aquella modalidad le daba la oportunidad de conocerla. Él se estaba sintiendo más atraído por ella, y creando una intimidad entre ellos mucho más

potente que la física.

Él podía hablar con ella de un modo que nunca había tenido la oportunidad de hablar con nadie. No del tiempo ni de fútbol, sino de cosas importantes. De educación, de política, de asuntos locales. Traspasaba lo superficial con ella.

Beth no estaba de acuerdo con él siempre, o mejor dicho, casi nunca, pero a él le encantaba discutir con ella. Era como si ella motivase su cerebro.

Poco a poco empezó a notar que podía saber cómo se sentía ella con mirarla simplemente.

Ignorando las señales de lo que estaba sucediendo, él se fue adentrando más en la relación con ella. Iban dos veces por semana a casa de sus padres a usar la piscina. Kyle fue a pescar con su padre e hizo un nuevo amigo, Peter.

Hasta su hermana había notado que algo estaba sucediendo.

Era triste, pero ahora que estaba hospitalizada y que no podía tomar drogas ni alcohol, Carly parecía mejor persona.

Pero físicamente estaba acabada.

Una vez, en una visita al hospital, Carly miró a Kyle marcharse a la cafetería a buscar una bebida y dijo:

—¡Parece tan contento!

Carly también preguntó por Beth con mucho interés:

—¿Quién es?

—Su maestra.

—No, Ben. Me refiero a qué es ella para ti.

—Una amiga —dijo a la defensiva Ben.

Su hermana sospechó otra cosa.

—Me gustaría conocerla.

Ben sintió que no quería que Beth conociera a su hermana. Tal vez porque si la conocía, sabría que él estaba sufriendo por Carly.

Le había molestado la pregunta de su hermana acerca de quién era Beth para él. Porque ella cada vez estaba abarcando más espacio en su vida.

Lo de la amistad no estaba funcionando.

Y él sabía qué tenía que hacer.

Recuperar su vida. No más natación, ni paseos en bicicleta. De hecho, terminaría la casa del árbol.

Una buena forma de terminar: darle a ella aquel regalo y decir adiós.

Pero nada fue como había sido planeado.

Beth sabía que Ben había aceptado lo de ser amigos simplemente porque ella le daba miedo.

Aquello la divertía. ¡Un hombre como él temeroso de una mujer como ella!

Y a medida que pasó el tiempo, se le hizo más evidente el porqué de su miedo.

A Ben le daba miedo lo que sentía.

Pero sólo era cuestión de tiempo. Ben terminaría por rendirse a lo que estaba pasando entre los dos.

Sus padres adoraban a Ben y a Kyle. Su sobrino se estaba convirtiendo en un miembro más de la familia, y eso le daba una seguridad y una confianza a Kyle que jamás habría imaginado Ben.

Aquel fin de semana, Kyle daría un paso más: Iría a quedarse en casa del sobrino de Beth.

Y Ben y Beth estarían solos.

Cuando él apareció en su casa, su habitual sonrisa de bienvenida estuvo ausente. Descargó las herramientas de la camioneta y dijo:

—Esta noche voy a terminar la casa del árbol.

Ella se quedó helada. Era la historia que los unía.

Algunas parejas tenían una canción, ellos tenían la casa del árbol.

Claro que, las parejas se besaban. Pero él tenía tantas ganas de no ser una pareja, como ella de que lo fueran. Por eso él quería terminar la casa del árbol.

Y ella se sintió devastada por el miedo.

Pero ella se recordó que tenía más poder del que él deseaba que tuviera.

La mujer que había sido un mes antes habría acepto su gesto duro, se habría resignado.

La mujer que era ahora no lo dejaría marchar sin luchar.

Con el último rayo de luz, Ben terminó la casa del árbol.

Había una sensación de pérdida en el ambiente.

—Es demasiado tarde como para poner las plantas que atraen a las mariposas —dijo él—. Te haré una lista para que puedas ponerlas la próxima primavera. Tampoco tiene sentido que cuelgue la hamaca. Hará mucho frío este año para que la uses.

Era verdad. Septiembre había dado paso a octubre. Había un aire frío en la atmósfera.

Y en los ojos de Ben.

—Espera aquí —dijo ella—. Tengo algo.

Beth fue a la casa a buscar una botella de champán que había comprado hacía mucho tiempo, para el fin de semana en que se suponía que iba a ir Rock. Y la llevó afuera junto a dos copas.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó él cuando la vio.

—Voy a emborracharme y a caerme de la plataforma.

Hubo un brillo risueño en los ojos de Ben, pero no hizo el comentario irónico que habría hecho normalmente.

Ella descorchó la botella, pero era evidente que no había ambiente de celebración.

Llenó las copas y le dio una.

Él la levantó y mirándola a los ojos, dijo:

—Brindo para que todos tus sueños se cumpla Beth.

—¿Qué sabes tú de mis sueños? —preguntó ella bebiendo un sorbo de champán. Él se rió, pero su risa tuvo una nota casi imperceptible de amargura.

—¿Crees que puedo pasar tanto tiempo contigo y no conocer tus sueños? Tú sueñas con tener algún día la relación que tienen tus padres, y una vida como la de ellos. Sueñas con una familia y columpios en el jardín.

—¡No es verdad!

—Sí, lo es.

—Tal vez lo soñé hace tiempo. Pero me di por vencida.

—Eso crees. Sólo te hirieron temporalmente.

—¿Qué sabes tú de Rock? —susurró Beth.

¿Quién le había hablado de él?

—Su solo nombre debería haberte advertido contra él.

—¿Te lo ha contado alguien?

—Oh, Beth. Es evidente: una casa para una persona sola, un coche pequeño como un bebé... Se nota que te han roto el corazón en tu modo de refugiarte en tu aspecto de maestra recatada, y en tu vida dedicada a los niños.

—¡Cómo te atreves a pintarme tan patética!

—Yo no te encuentro patética. Tú deseas cosas. Y no tiene sentido que andes con un tipo que no puede dártelas.

Ella se quedó sorprendida de lo que él había podido ver.

Se había convencido de que con Ben sólo jugaba para que él superase su aversión a querer, a preocuparse por otra persona. Pero en el juego había empezado a sentir otra vez la punzada de aquellos sueños...

—Bueno, pues soy patética. ¿Sabes lo que hice? Me enamoré por Internet.

Ella no podía creer que estuviera llorando. Pero lo estaba haciendo. Y a la vez no podía dejar de hablar.

Le contó a Ben la patética historia de Rock.

—Si un día lo veo, lo mato —dijo Ben.

—Lo más estúpido es que durante un tiempo, Rock todavía me seguía pareciendo real...

—¿Y ahora?

Ahora ella sabía lo que era real.

—No puedo creer que haya derramado una sola lágrima por él —respondió ella.

Ben le agarró la cara, le borró una lágrima con el pulgar, y sin saber cómo su dedo terminó en sus labios.

La miró a los ojos. Y ella vio que se estaba derritiendo su determinación de marcharse.

—Ven aquí —dijo Ben con un suspiro.

Ben se sentó en las tablas de la cubierta, tiró de ella hacia él y la sujetó entre sus piernas.

Ella se sintió en casa.

¿No era eso lo que había querido encontrar cuando había comprado aquella casa? ¿Lo que había añorado? Los brazos de Ben eran un refugio del mundo. Ella lo miró.

Aquello era lo que ella buscaba. Un hombre de verdad. Como él.

—Me gustaría decirte que la vida no va a herirte nunca más —dijo él—. Pero no puedo. Lo haré. La vida es así a veces.

—Por eso hay que tener lugares como esta casa del árbol —respondió Beth.

Lugares como sus brazos, pensó ella. Él no dijo nada.

—¿Ben?

—¿Mm?

—¿Vas a hablarme acerca de ese dolor que tienes dentro de ti?

—¿Vamos a intercambiar historias de la guerra? No, no me apetece.

—Es intercambiar confianza. Dejar el peso que llevamos.

—Beth, no quiero dejar mi peso encima de ti.

—Lo has llevado contigo demasiado tiempo.

—Beth, ¿por qué estás tan decidida a hacerme débil? ¿Cuando yo estoy decidido a ser fuerte?

—A mí no me parece que el hecho de que un hombre hable de sus sentimientos sea una debilidad. Para mí es verdadera valentía. La capacidad de ser vulnerable. De no estar solo nunca más. Cuéntamelo.

Él se quedó en silencio. Ella contuvo la respiración.

Y entonces él habló:

—Mis padres murieron en un accidente de coche cuando yo tenía diecisiete años. Teníamos una familia como la tuya, sólo que con menos seguridad económica, aunque yo no lo sabía entonces. Pero teníamos todo lo que teníamos que tener: buena ropa, buena casa, comida suficiente, dinero para practicar deportes... Pero cuando murieron mis padres, descubrí pronto que no había nada. Sólo una gran hipoteca sobre la casa, ningún seguro, ni ahorros.

—Ben, ¡qué terrible peso además del dolor de la pérdida de tus padres!

—A veces creo que entonces estaba tan desesperado que postergué el duelo. Tuve que aprender rápido cómo ocuparme de las cosas. Y daba igual si era capaz de cuidar a mi hermana o no...

Ben siguió:

—Me reclutaron los marines, una buena familia para un chico que lo había perdido todo. Los sentimientos son despreciados en la tosca camaradería de los hombres. Se me dio un nuevo propósito en la vida y una nueva familia, y no se me permitió regodearme en mi desgracia... Pero Carly... Oh, Carly... Era mucho más pequeña que yo. Los catorce años son una edad difícil sin agregar las complicaciones de una vida interrumpida por la tragedia. Mis padres habían muerto, y yo me fui... A veces me parece oírla todavía gritando como un animal herido cuando le dije que me iba con los marines. Carly era una soñadora, y pensó que íbamos a poder salir adelante juntos. Pensaba dejar el colegio y conseguir trabajo en un lugar de comida

rápida, y pensó que yo también podría conseguir un trabajo... Dos chicos menores de edad con una entrada mínima de dinero, sin cuidados sanitarios, ninguna red de seguridad... Yo sabía que no iba a funcionar, pero ella me odiaba por saberlo.

Ben agitó la cabeza, recordando, y siguió:

—Carly pasó de una casa de acogida a otra, llenándose cada vez más de amargura. Se descontroló totalmente, se quedó embarazada. No sé si se lo dijo al padre del niño... O si se lo dijo y él desapareció... Yo soy la última persona en la que ella confiaría. Jamás me perdonó por abandonarla. Y la verdad es que yo jamás me he perdonado. La miro y pienso si no podría haber hecho algo...

—¿No estás haciendo algo ahora? —preguntó Beth.

—Es demasiado tarde. No puedo salvar a mi hermana.

—Pero estás salvando a Kyle.

—Beth —dijo Ben con voz torturada—. No me quieras imaginar como no soy.

—Creo que eres tú quien quiere imaginarse como el hombre que no eres. Yo veo quién eres tú de verdad, Ben Anderson.

—¿Sí? —dijo Ben en tono de broma, como si hubiera decidido quedarse.

Y ella decidió arriesgarse por completo. Dijo la verdad que acababa de descubrir:

—Y yo me estoy enamorando de quien eres en realidad.

Beth lo besó allí, en la casa del árbol.

—Eso es lo que temía yo —dijo Ben contra sus labios.

—Ya no tienes que tener miedo, Ben.

Y ella sintió que él se rendía cuando la besó.

Capítulo 8

Ben Anderson había ido a casa de Beth con la idea de terminar todo.

Todo.

Pero a pesar de haber puesto tanto tesón todo había ido en otra dirección. Lo que pasaba con Beth era que había visto una grieta en él. Había visto por debajo de su aparente fortaleza su miedo interior. El temor de la pérdida.

Él tenía terror de preocuparse por la gente. Pero Beth había visto la causa: el miedo a la pérdida. Ella veía todo lo que era él: bueno y malo, fuerte y débil...

Y lo amaba, no obstante.

El asunto era que Beth se acercaba a un hombre que había pasado por todas las guerras posibles, a todos los niveles, y le hacía querer sentir esperanza por un mundo mejor y una vida mejor, una vida con lugares blandos donde caer.

Y aunque él había ido a su casa con la intención de decirle adiós a ella y a la parte de él que tenía esperanza, había sido incapaz de dejarla.

No había sido capaz de alejarse de aquel sentimiento con el que se sentía conectado. Se había sentido seducido por la magia de aquel lugar entre las hojas, por su mirada, por lo que había sentido al tener su espalda contra el pecho de él, como si ella le perteneciera.

Ella había tenido razón, una de sus cualidades que más lo irritaban a él. Y que más amaba.

Él se había sentido mejor después de hablar de su historia.

Menos solo en el mundo.

Más liviano.

Se había sentido conectado a otro ser humano de un modo que había pensado que ya no podía existir.

Y así, en lugar de marcharse se había quedado en aquella casa del árbol toda la noche. Mirando el cielo volverse púrpura antes de hacerse totalmente oscuro, observando las estrellas por encima de ellos entre las hojas.

Habían terminado el champán, y él había aceptado cuando ella había ido a buscar mantas y café, y más café.

Y así había amanecido.

Y habían terminado envueltos en la misma manta. Sus corazones latiendo al unísono.

Finalmente, cuando él se había decidido a marcharse, no había sido con un sentimiento de final, sino con la posibilidad de un nuevo comienzo.

Había conducido a su casa con los efectos del champán totalmente desaparecidos, pero embriagado de todos modos. Por el cansancio. Y por su mirada.

Embriagado por la posibilidad de que la amase, y de que tal vez fuera lo suficientemente fuerte como para decir sí a un nuevo comienzo en lugar de a un final.

Apenas había llegado y se había quitado la ropa cuando había sonado el teléfono.

A esa hora, ¿quién podía ser sino ella, que sabía que no estaba durmiendo?

Pensó que Beth querría decirle una última cosa antes de irse a dormir.

En aquel momento tuvo una visión de cómo podría ser su vida. Se podría dormir con su nariz envuelta en el perfume de su cabello, con sus dulces curvas apretadas contra él. Sus últimas palabras se las diría a ella, y las primeras de la mañana también.

Se estaba enamorando de ella.

Y por primera vez en mucho tiempo, él vio algo por sí mismo.

No un deseo de huir, sino el deseo de tener un lugar donde apoyar la cabeza. Un lugar donde dejar la armadura. Un lugar donde amar y ser amado.

—Hola —dijo él con ternura.

Pero no era ella.

—¿Señor Anderson?

Le dio un vuelco el corazón.

Era una voz oficial. Y antes de que le dijeran una sola palabra supo que nunca había un final feliz.

«Carly», pensó.

—Será mejor que venga —dijo la enfermera—. Es cuestión de horas.

Como en una pesadilla a cámara lenta, él pudo ponerse la ropa. Ignoró el impulso de llamar a Beth, y en su lugar llamó a casa de Peter para avisar que iría a buscar a Kyle.

Su llamada había despertado a toda la familia. Y cuando llegó todos tenían cara de disgusto.

Kyle tenía los hombros encogidos, y siguió a Ben a su camioneta.

Ben deseó haber llamado a Beth. Ella habría sabido qué hacer.

Aunque habría confiado también en que él sabría qué hacer.

—¿Estás bien? —le preguntó a Kyle.

—No.

—Yo tampoco.

—¡Tengo tanto miedo! —dijo Kyle.

—Yo también —respondió Ben.

—¿Es esto a lo que tienes miedo? Tú me dijiste una vez que todos tenemos miedo a algo. ¿Es a esto a lo que tienes miedo, tío Ben?

Ben apenas podía hablar por el nudo que tenía en la garganta.

—Sí, es esto.

Sabía que su sobrino pensaría que se refería a la muerte, pero él había tratado con la muerte más que mucha gente. Y no era eso lo que le daba miedo.

Era el amor.

Lo que le daba miedo era el amor.

Porque el amor parecía demostrarle lo poco que valía su voluntad contra la maquinaria del mundo.

Y él casi se había entregado a la cruel vulnerabilidad de amar nuevamente. Casi. Pero no del todo.

Si hubiera sido la voz de Beth la que oyó en el teléfono aquella mañana, todo habría sido diferente.

Ben y Kyle se abrieron paso por entre las luces demasiado luminosas del hospital. Y entraron en la habitación de Carly. ¿Habría hecho bien en llevar a Kyle?

Sintió la soledad de tener que tomar aquellas decisiones solo.

Era terrible ver morir a la gente. Él lo sabía bien.

Pero ¿no habría sido peor que su sobrino no tuviera la oportunidad de despedirse?

Su hermana era un pequeño bulto envuelto en una manta. Giró la cabeza hacia ellos, y en su rostro Ben no vio miedo alguno.

Estaba serena.

—Kyle, ven aquí —susurró.

Kyle se acercó a ella, y a pesar de la fragilidad de su madre, se subió a la cama y fue a sus brazos. Ella lo acunó y lo besó en la cabeza. Le dijo una y otra vez que lo quería. Le dijo que no era la madre que se merecía. Y que él era un buen chico, que ella estaba orgullosa de él.

Las lágrimas de Kyle mojaron su camisón. Ben se marchó de la habitación de puntillas.

Aquél era el momento que necesitaban, el momento que Kyle había esperado toda su vida.

Después de un largo rato, Kyle salió de la habitación, enjugándose las lágrimas con la manga.

—Quiere verte, a solas —dijo.

—¿Estás bien?

Su sobrino lo miró.

—Lo siento. Es una pregunta estúpida —comentó Ben.

Le palmeó el hombro, luego cambió de parecer y lo abrazó.

Después lo soltó para ir a la habitación.

—Lo cuidarás, ¿verdad, Ben? —dijo Carly con desesperación.

—Te lo prometo.

Carly estudió su cara. Pareció satisfecha.

—No le digas que he dicho esto, pero estoy contenta, muy contenta de que se termine. Los he echado tanto de menos, Ben...

—Lo sé.

—¿Puedes abrazarme?

Ben se deslizó hacia su cama y la estrechó en sus brazos. Era como estar abrazando un polluelo.

—¿Sabes qué es lo que más he echado de menos? Esto. Los mimos de papá y mamá. Escuchar las palabras «Te quiero». Tú nunca las has dicho, ¿sabes? Traías comida para nosotros y juguetes para Kyle, pero nunca lo dijiste...

—Lo siento —dijo Ben.

—Yo también, Ben. Me arrepiento tanto... Se lo he hecho pasar mal a todos los que amaba... No me dejes marchar —dijo, y su mano le agarró la camisa.

Lentamente su mano se relajó.

Sus ojos se cerraron y su respiración sonó entrecortada.

Él sabía que ella no volvería a despertarse. En algún momento, Kyle volvió a entrar en la habitación y se subió a la cama con ellos, apoyó la cabeza en el pecho de su madre y dejó que su tío los envolviera a ambos con su brazo.

A las seis de la tarde de aquel día, cuando las familias normales se sientan a comer y conversar, su hermana encontró por fin la paz. Pero no hubo paz para Ben. Ni siquiera al final le había dado lo que más necesitaba Carly. Se dio cuenta de que no le había dicho las palabras «te quiero». Que había perdido la oportunidad de decírselas.

Ahora sabía por qué había ido a casa de Beth para terminar. No para salvarse él. Sino para hacer un acto de amor: para salvarla de un hombre que jamás había sido capaz de darle a nadie lo que necesitaba o quería. Dos sencillas palabras: «Te quiero». Un regalo que su hermana había esperado sin resultado.

Jamás se lo había dado. Ni siquiera cuando se le terminaba la posibilidad.

Beth se merecía un hombre mejor.

Mucho mejor.

Capítulo 9

Beth intentó que no se le notase su *shock* cuando vio a Ben.

Era la primera vez que lo veía desde el entierro de su hermana, que había sido hacía un mes aproximadamente.

Había hablado con él varias veces por teléfono, pero él la había tratado con frialdad.

Ella había fracasado en su intento de tentarlo para que fuera parte de su mundo. Se notaba la extraordinaria fuerza de voluntad que había puesto contra ella.

No era nada personal contra ella, se recordó Beth. Su negativa era una defensa contra todas las cosas que alguna vez le habían hecho daño.

Ella lo había hecho ir al colegio con el pretexto de una reunión de padres, y se había arreglado sabiendo que lo vería.

Era lo mismo de siempre: quería hacerle cambiar de parecer.

Antes se trataba de besos; ahora de algo más importante.

Quería que confiara en ella. Que la dejara entrar en su alma.

Quería que la dejara amarlo, no que la amase.

Beth se sentía bien a pesar de la indiferencia de Ben. El hecho de saber que lo amaba la hacía sentirse viva, más compasiva.

Se sentía una maestra mejor, una mujer mejor, un mejor ser humano. Eso era lo que hacía el amor.

Y eso era lo que quería compartir con Ben, aquella verdad que había descubierto.

Ben estaba tan apuesto como siempre, seguro, mientras caminaba por el pasillo, entre escritorios en miniatura.

Pero cuando se sentó en una de las sillas para adultos que ella había puesto frente a su escritorio, notó que estaba más delgado.

—¿Estás bien? —preguntó ella, preocupada.

—Ciñámonos a Kyle —dijo Ben.

—Parece que hubieras estado enfermo —siguió Beth.

—¿Te cuesta tanto escuchar? —protestó él.

—¿Te cuesta tanto comprender que tú no estableces las reglas para el mundo entero?

—Créeme, Beth, sé que yo no establezco las reglas para el mundo entero. Nadie lo sabe mejor que yo.

Por supuesto que nadie lo sabía mejor que él. Había enterrado a su hermana. Y a sus padres. Y a sus hermanos de armas.

Al menos la había llamado Beth. Y ella no iba a darse por vencida.

—Kyle va muy bien —dijo ella cuidadosamente.

—Sí. Hace sus deberes. Su evaluación fue buena...

—No me refería a los deberes o la evaluación.

—Vamos saliendo del paso, Beth.

Ella asintió.

—Peter quiere que vaya a su casa a quedarse el fin de semana de Acción de Gracias. Mis padres quieren que vengáis ambos el Día de Acción de Gracias a cenar.

—Le preguntaré a Kyle si quiere ir. Estoy seguro de que querrá ir. Creo que tu madre y tu sobrino Peter le están ayudando mucho en este momento. Dales las gracias de mi parte.

—¿Eso quiere decir que no vendrás a la cena del Día de Acción de Gracias?

Ben agitó la cabeza.

—Es posible que haga un viaje rápido a Hawai ya que Kyle no va a estar.

—¿Por cuatro días? —preguntó ella, incrédula.

Él se encogió de hombros, dándole a entender que no le debía ninguna explicación.

—Estás de duelo total, ¿no, Ben? No sólo por Carly. Por todas las cosas que me dijiste que postergaste...

—No empieces.

—No me digas eso. ¿Recuerdas la primera vez que viniste a esta clase? Estábamos perdiendo a Kyle. Y tú no dejaste que ocurriese. Tú lo rescataste. ¿Quién te rescatará, Ben, si no soy yo?

—¿No tienes orgullo alguno? —le soltó Ben—. No pierdas el tiempo persiguiendo a un hombre que no quiere lo que tú quieres dar.

La vieja Beth se habría asustado, pero la nueva no se iba a amedrentar.

Ir por Ben no iba contra su orgullo, ni su autoestima.

De hecho, no tenía nada que ver con ella.

Ella presentía su necesidad y su desesperación. Y el amor exigía estar ahí.

—No lo quiero, ¿entiendes? No quiero querer a nadie más que a mí mismo.

—¿Porque puedes resultar herido?

—¡No! Porque soy egoísta y quiero seguir siendo así. No quieras hacer de mí lo que no soy. Ya te has inventado un hombre una vez. ¡No seas tan estúpida otra vez!

Ella permaneció impasible. Él tenía un gesto de dolor y desafío a la vez.

—He venido por ti. Y no puedes detenerme.

Él la miró.

—No sé si voy a volver de Hawai —dijo.

A ella le daba igual.

Así se fuera a otro planeta, ella iría a buscarlo.

En aquel momento oyó una exclamación sofocada.

¿Cuándo había entrado Kyle al aula?

Estaba de pie, mirando a su tío.

Y luego se dio la vuelta y salió corriendo.

Por un momento, Ben pareció derrotado.

—Ése es el tipo de hombre que soy. Siempre hago daño a la gente. Es por ello por lo que no quiero que vengas tras de mí, Beth.

Se dio la vuelta y se marchó.

El diario secreto de Kyle O. Anderson

Mi tío Ben se va a ir a Hawai y se va a quedar allí. Se lo ha dicho a Beth. La llamo Beth cuando se trata de algo personal, y señorita Maple en el colegio. Al principio me sonaba raro, pero ahora me he acostumbrado.

Yo sabía que pasaba algo con mi tío incluso antes de que dijera lo de Hawai. ¡Está tan callado ahora!

Una vez lo sorprendí mirando un libro grande, y cuando él me vio, lo dejó a un lado.

Pero yo esperé a que se marchase para verlo. Era un álbum de fotos de cuando mi mamá y él eran pequeños y mis abuelos aún vivían. A mi me hubiera gustado mirar esas fotos con él, y quizás oír algunas de las historias de los días en que se las hicieron, pero había algo en su rostro cuando las miraba que me hizo tener miedo de preguntarle.

Por un momento he pensado que mi tío, Beth y yo seríamos una familia, pero ahora veo que es estúpido tener esperanza en la vida.

Durante un tiempo pude fingir que la familia de Beth era mi familia. A su madre le gusta que la llame Bubs, como la llaman sus nietos, y a su padre le llamo abuelo Ike. Todos le llaman así.

Bubs me envió una tarjeta cuando murió mi mamá. Es la primera vez que me mandan algo por correo sólo a mí, con mi nombre en el sobre. En su tarjeta me decía cuánto lo sentía. Todavía la tengo, pero creo que la voy a romper y la voy a tirar.

Porque por más que me caigan bien, ellos no son mi familia.

Mi tío Ben sí lo es. Me pregunto si intentará dejarme con ellos, si se va a Hawai y se queda allí, como le ha dicho a Beth. Yo no le oí decir nada de que yo me iría con él.

¿Sabes una cosa? Él no quiere querer a nadie ni que nada le importe. Incluso yo, probablemente.

Así que yo tampoco quiero querer a nadie ni que nada me importe. Me pregunto qué edad tienes que tener para unirme a los marines. Probablemente más de once años.

Pero tal vez pueda unirme a algún circo.

Yo siempre he tenido miedo de que mi tío no me mantuviera con él. Ahora sé que no lo hará. Pero no tengo tanto miedo como creía que tendría. Estoy furioso.

Voy a agarrar a Kermit y me voy a buscar otro sitio donde vivir.

He oído que Australia es bonita en esta época del año. Supongo que podría irme en un bote. O trabajar en un barco para pagarme el pasaje.

No voy a esperar a recibir una postal desde Hawai que diga: «Ha sido un placer conocerte, chico, que tengas una buena vida».

—¿Kyle?

La casa tenía aquella sensación de vacío de cuando no estaba Kyle.

Ben se preguntó si se habría olvidado de algo que Kyle hubiera tenido que hacer después del colegio. O tal vez hubiera ido a la casa de algún amigo y se hubiera olvidado de decírselo.

Por alguna razón, fue a la habitación de Kyle.

Y frunció el ceño.

La puerta del ropero estaba abierta y faltaba casi toda su ropa. El cajón de la cómoda también estaba abierto, pero no había nada en él.

Miró la pecera en la que vivía *Kermit*.

El sapo no estaba.

Y entonces vio una nota en el escritorio de Kyle.

Me he ido a Australia, ponía. Que te diviertas en Hawai. Adiós. Y firmaba *Kyle O. Anderson*. La «O» era de Oliver. Se lo había puesto una huérfana por un huérfano. Y ahora Kyle era un huérfano, que se sentía solo en el mundo.

Ben le había fallado en todo momento.

De alguna manera en aquellas palabras estaba todo el dolor y la decepción que le había causado a su sobrino.

Ben sintió el peso de su fracaso total.

Bueno, ¿qué niño de once años no se iba de casa?

Cuando Kyle volviera a casa, cansado, con hambre y con frío, él le diría que realmente no había dicho en serio lo de quedarse en Hawai.

Pero no podía decirle toda la verdad.

Que había dicho eso para que Beth Maple se echase atrás. No quería que ella lo rescatase de la oscuridad, aunque una parte de él se preguntase qué podría hacer la luz de Beth a su oscuridad.

Él no había podido volver a ver su amor por él, tan inmerecido, brillando en sus ojos.

Ben intentó borrar aquella visión y se marchó de la habitación de Kyle.

Pero algo llamó su atención. Debajo del estante que albergaba las dependencias de *Kermit*, había un libro en el suelo.

Ben se detuvo y lo recogió.

Era un diario con una llave. Pero no estaba cerrado con llave.

De hecho, parecía que se hubiera caído.

Ben lo abrió en la primera página, consciente de que leer un diario era un acto en el que se traicionaba la confianza.

Por otro lado, podría ayudarlo a encontrar a Kyle.

«*El diario secreto de Kyle O. Anderson*», leyó en voz alta, y sonrió levemente. Ése era Kyle. Un niño que escondía su profunda sensibilidad.

Ben no era bueno en sensibilidad. Otro motivo para dejar marchar a Beth.

¿Y a Kyle?

¿Se merecía algo mejor de lo que podía ofrecerle su tío?

Aunque Ben no podía ni imaginarse dejar a Kyle por nada del mundo. Aunque era evidente, después de leer unas pocas páginas del diario, que jamás había sido capaz de darle ese mensaje a su sobrino.

¿Cómo era posible que no le hubiera dejado claro desde el principio que aquél sería su hogar? ¿Que sucediera lo que sucediera, él no lo dejaría?

Ben había dado por hecho que Kyle lo sabría. Las sábanas de vaqueros, la televisión y el estéreo eran una muestra de su compromiso.

Él había dado por hecho que lo interpretaría así. Del mismo modo que había supuesto que su hermana sabía que la quería.

¿Le había dicho eso alguna vez a su sobrino?

No.

Y su sobrino se había ido a la cama noche tras noche con un sentimiento de no pertenencia que le había retorcido el estómago de dolor, y él no había hecho nada para reconfortarlo.

Le había quitado lo único que podía tranquilizarlo: el creciente sentimiento de familia del que habían disfrutado con Beth.

—¿Sabes qué? —se dijo Ben en voz alta—. Tienes un don para fallarle a la gente. Pero el problema urgente en aquel momento era encontrar a Kyle.

Era más listo que la mayoría de los niños de once años. ¿Sabía que llegar a Australia no sería fácil?

Ben echó de menos a Beth en aquel momento.

Pero decidió afrontar aquello solo en principio.

Horas más tarde, después de buscar por todo Cranberry Corners, después de haber hablado con todos los conductores de autobuses e ir a la estación de tren, y rastrear el estanque de Migg en la oscuridad, no había encontrado a Kyle.

¿Y ahora qué?

¿Llamaba a la policía?

Tenía que hablar con Beth. No porque ella pudiera saber dónde estaba Kyle, aunque tal vez tuviera alguna idea.

Tenía que hablar con ella porque ella era quien había trepado por sus defensas hasta su corazón.

La persona a la que tenía que acudir cuando le fallaba su fuerza, cuando toda su fuerza no podía encontrar al chico.

Se había enamorado de Beth Maple.

Con suerte, ella no se enteraría.

Beth tenía voz de sueño al otro lado del teléfono, y entibió una parte de él que estaba fría.

—Beth —dijo, como una bendición.

—Ben —respondió ella, abierta a él.

—Siento despertarte.

—Está bien. ¿Qué sucede? ¿Son las dos de la madrugada?

En cuanto él oyó su voz, todo lo que estaba desordenado en su cabeza se ordenó. Sabía dónde estaba Kyle. Conocía a Kyle. Y sabía que, confuso, y sintiéndose abandonado y no amado, volvería allí.

Al lugar donde el amor había crecido y florecido. Al lugar donde había habido magia en el aire.

—¿Puedes ver la casa del árbol desde tu ventana?

—Sí.

—¿Podrías ir a echarle un vistazo?

—¿Por qué?

¿Pensaría ella que la estaba invitando a volver al tiempo mágico en el que habían construido algo juntos, algo más que madera y cemento?

No podía dejar que ella creyera eso.

—Kyle ha desaparecido. Creo que podría estar allí.

Oyó sus movimientos, y se preguntó qué llevaría puesto.

Después se preguntó qué clase de hombre se preguntaría eso en un momento como aquél.

Un hombre que no valía la pena, evidentemente.

—Está muy oscuro —susurró ella—. ¿Quieres que encienda la luz del porche?

—No. Iré en cuanto pueda.

Ben aparcó su camioneta a cien metros de la casa de Beth como para no advertir a Kyle de su presencia. Y caminó hasta la casa.

La noche estaba oscura y mágica.

Beth estaba en el patio, esperándolo.

Y juntos subieron a la casa del árbol.

Kyle los había oído acercarse, y estaba en un rincón. No tenía ningún sitio donde escapar.

—Dejadme en paz —dijo.

Ben vio que Kyle no se había preparado para el frío de la noche, porque estaba temblando.

—No voy a dejarte solo —dijo Ben—. Jamás.

—Sí, claro —dijo el niño—. ¿Y qué me dices cuando te vayas a Hawai?

—Si me marchase a Hawai permanentemente, tú te vendrías conmigo. Tú eres mi familia.

Kyle se relajó un segundo.

—No quiero irme a Hawai. Tengo amigos aquí.

Ben reflexionó. Tenía amigos allí. ¡Cuánto habían cambiado las cosas en pocos meses! ¡Cuánto había cambiado Kyle!

No como él.

—De acuerdo —dijo Ben.

—Entonces, ¿no te marcharás a Hawai?

—No voy a dejarte.

«Dilo. Dile que lo quieres», pensó Ben. Pero no pudo.

No había palabras que se hubieran usado más injustamente que aquéllas, que se hubieran manipulado tanto como aquéllas.

Recordó a su madre tirándole un beso, y formando las palabras con la boca.

Él no podía pronunciarlas. Había una superstición en ellas.

—Ven —dijo Beth a Kyle—. Vayamos dentro. Me estoy helando. Necesito un chocolate caliente —extendió un brazo.

Kyle se acurrucó debajo de él, como un patito debajo de su ala. Pero ignoró a Ben.

Una vez en la cocina, fue evidente que Kyle estaba agotado. Se le cerraban los ojos, y apoyó la cabeza en la mesa.

—No lo despiertes. Llévalo a la habitación de invitados —dijo Beth.

Y Ben alzó a su sobrino.

Parecía un bebé en sus brazos.

Lo llevó a la habitación de invitados.

Ella abrió la cama de sábanas impecables. Él dudó. Pero a ella no le importaban las sábanas.

Los niños estaban primero.

Una vez él se la había imaginado vestida de novia.

Ahora podía imaginársela arrojando a sus hijos.

Él se frotó los ojos intentando borrar aquella visión y su vulnerabilidad ante ella.

—Debería marcharme —dijo.

—No. Tenemos que hablar.

—Ah, las palabras que todo hombre teme oír.

Pero no las temía. Necesitaba aclarar la situación con ella.

—Por favor, no me mires así —dijo él.

—¿Cómo?

—Como si vieras a un príncipe en lugar de a un hombre de carne y hueso. Yo soy lo más lejano a eso. Mira esta noche...

—¿Qué pasa con esta noche? Tu sobrino había desaparecido y no has parado hasta que lo has encontrado. Dejaste que tu corazón te dijera dónde estaba.

Ben resopló al oír aquello.

—¿Mi corazón? No te engañes.

—Eres tú quien se engaña. Yo siempre he visto tu corazón. De él me he enamorado desde el principio.

—No sigas.

—No me queda opción. Siento lo que siento.

—Beth —dijo él con angustia—. Voy a fallarte, como le fallé a mi hermana. Como le fallé a Kyle esta noche, todo lo que mi hermana quería oír de mi boca era que quería. Y eso era lo que necesitaba oír Kyle esta noche. Pero no puedo

pronunciar esas palabras.

—¿Decir esas palabras? —preguntó ella. Luego se rió—. Oh, tonto, más que tonto. ¿Por qué tienes que decirlas? Yo veo el amor en el modo en que eres con Kyle. Tu hermana tenía que ser capaz de ver eso. Yo lo he visto todo el tiempo que has estado construyendo la casa del árbol. Las palabras sólo representan las cosas. No son la cosa misma. Oh, Ben, yo siempre he visto el amor que te brotaba. Siempre.

Y entonces ella se acercó a él. Agarró la cara de Ben entre sus manos, lo miró a los ojos, y suspiró con satisfacción.

—Siempre lo he visto. Y siempre lo veré.

Y luego lo besó.

Su pasión por él derribó la última barrera. Ella había vuelto a buscarlo y no había cejado hasta que lo había encontrado.

El muro que rodeaba el corazón de Ben se derrumbó, y todo lo que él se había estado reprimiendo brotó ferozmente.

El lodo de la tristeza salió al exterior.

Y detrás, el agua clara del amor.

Y finalmente dijo las palabras.

Y comprendió que no representaban una maldición, sino una bendición.

Que no representaban una prisión, sino la libertad.

El diario secreto de Kyle O. Anderson

No estoy muy seguro de lo que pasa con el cielo. Pero últimamente siento a mi mamá a mi alrededor más fuertemente que cuando estaba viva. Supongo que es porque estoy creciendo por lo que puedo ver que lo que le pasó cuando era una niña cambió su vida. Todo eso es como si hubiera sido una manta que cubrió quien era realmente. Pero ahora la manta desapareció, y yo la siento como ella debería haber sido siempre. La siento cuando menos me lo espero. Como esta mañana, en que tuvimos escarcha y todo estaba cubierto, y ella estaba conmigo, envolviéndome en algo dulce y puro.

Hay algo así también entre Beth y mi tío Ben, cuando se miran. No se besan delante de mí, pero a veces miro y veo que él le agarra la mano, y es como si todo se detuviera.

Llevan casados dos años.

Fue alucinante el día de su boda. Mi tío me pidió que fuera el padrino. Y cuando vi a Beth entrar por el pasillo hacia el altar, vestida de blanco como un ángel, fue como si ella viniera a buscarnos a los dos, no sólo a él. Y supongo que así era, porque mi tío y yo vamos en el mismo paquete.

Ahora somos los tres un paquete. Yo llamo a Beth «Mamá B».

Ella es como yo lo imaginaba: cálida y protectora.

A muchos chicos de trece años les parecería irritante, pero a mí me gusta secretamente. No obstante será un alivio que llegue el bebé y me deje un poco

tranquilo.

A muchos niños de trece años no les gustaría la llegada de un bebé. Casper y Peter ven que Beth está engordando y no les gusta su aspecto. Les parece horrible. Así que yo trato de disimular lo feliz que estoy.

Este es mi mundo y en él me siento querido. Hay lugar en un mundo como el mío para un bebé. La familia hace que las cosas sean más grandes, no más pequeñas.

Mi tío me está llamando. Casper está al teléfono.

Casper ha crecido mucho en los últimos años. Ya no es como era, y no me pica. Por supuesto que el hecho de que yo mida unos centímetros más que él y que pese unos kilos más debe de influir.

O quizás sea que Bubs y el abuelo Ike tengan una piscina.

Todavía me gusta Genghis Khan, pero no tanto porque conquistó el mundo, sino por su lado secreto.

La mayoría de la gente no sabe que tenía un amigo llamado Jamukha, quien se transformó en hermano de sangre. Cuando Jamukha fue elegido como gobernador universal en lugar de ser elegido Khan, se hicieron enemigos. Pero cuando él fue apresado, en lugar de matarlo, Khan, el hombre más despiadado del mundo, le ofreció su hermandad, que Jamukha rechazó.

Cuando era pequeño, mi tío era el hombre más poderoso en mi mundo. Venía a vernos y a traernos comida y regalos, y mi madre era mezquina con él, rechazando el verdadero regalo que traía: familia. Amor. Perdón.

Pero tío Ben siempre volvía, siempre le tendió la mano de hermano a mi madre. Dudo que mi tío usara la palabra «perdón», del mismo modo que no usa la palabra «amor», pero él perdonó a mi mamá, como si siempre hubiera visto quién era en realidad.

Hay algo más grande en algunos hombres que las palabras.

Ahora sé que mi mamá lo hizo lo mejor que pudo. Supongo que podría estar enfadado por todas las veces que no actuó bien, pero yo voy a ser como mi tío Ben y la voy a perdonar por todas las cosas que hizo y que no hizo.

No he tenido una infancia perfecta, pero me he hecho un perfecto yo. Siento que he crecido más que Peter y que Casper y me gusta ver que puedo hacer mejor las cosas.

Ellos no comprenden la mejor parte de la historia de Khan, y la parte más poderosa es aquella en la que se ve el amor por su hermano, que trascendía todas las cosas que ocurrieron entre ellos.

Casper y Peter no se dan cuenta de lo bien que huele el pan tostado por la mañana, ni lo bien que se siente uno teniendo cinco dólares en el bolsillo para gastártelo en lo que quieras.

No saben lo bueno que es traer a un bebé al mundo, que tendrá una mamá y un papá y un primo que hará todo lo que esté en su mano para protegerlo, y que lo querrá haga lo que haga.

Casper y Peter no saben realmente lo que es tener miedo. Qué lugar tan oscuro es el miedo. No se dan cuenta de lo bonito que es sentirse libre. Son un poco inmaduros. Una nueva televisión puede hacerlos sentir bien.

A mí lo que me hace sentir bien es esperar a Beth después del colegio para que volvamos juntos a casa.

En el camino hablamos de lo que cenaremos, y después de ir a ver a Kermit, normalmente la ayudo con la comida. Pelo muy bien las patatas, y hago la ensalada César mejor del mundo.

Y luego viene mi tío, que al entrar en casa nos mira, feliz.

No me hace falta nada más. Cuando llega generalmente está muy sucio, pero Beth lo mira como si fuera un príncipe.

Y entonces mi tío levanta a Beth en el aire como si fuera una pluma, aunque ya no lo es.

Y ella se ríe sin parar.

Y luego mi tío viene y me acaricia el pelo y me pregunta qué tal me ha ido el día.

Lo que yo veo en el rostro de mi tío cuando mira a Beth es algo que Genghis nunca conoció, excepto quizás por un momento, cuando perdonó a su hermano Jamukha.

Y eso es que hay una sola manera de conquistar realmente el mundo: con amor.

El amor conquista el mundo, aunque suene raro, el amor realmente conquista el mundo...

Fin



CARA COLTER (Calgary, Alberta, EE. UU.) Ahora vive en una pequeña finca en la Columbia Británica. Ella comparte su vida con ocho caballos, un gato y su héroe, Rob. Ellos tienen tres hijos y un nieto.

Licenciada en periodismo, Cara ha estado haciendo su vida con las palabras de toda su vida adulta. Antes de encontrar su hogar en la novela escribió materiales didácticos, artículos de periódicos, artículos de revistas e incluso los sermones.